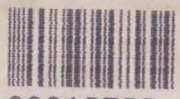


# VIEJO ASTUTO



C  
23 2



00019795





25118.

CUENTOS DE CALLEJA

# VIEJO ASTUTO

ILUSTRACIONES DE  
PENAGOS, RIBAS  
Y ZAMORA



M C M X X I I I  
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA S. A."  
CASA FUNDADA EL AÑO 1878

M A D R I D

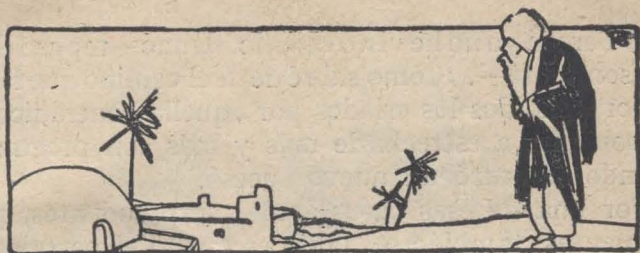
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

*COPYRIGHT 1924 BY*  
*EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.*

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MEXICO





## VIEJO ASTUTO

**E**STO que vas a oír pasó en Mogador, en la costa del gran mar. Es la historia de Abner, un judío.

Abner, como buen ejemplar de su raza, era ladino, de ojos rapaces y torcido en su trato. Como casi todos ellos, daba a la astucia un valor exagerado. Ya veréis, por lo que sigue, cómo la astucia de un judío puede volverse contra él.

Abner iba de paseo por las afueras de la ciudad, sobándose la barba y no dejando piedrecilla por mirar con sus inquietos ojuelos, cuando sintió venir una ola de gente vociferando. Eran los mozos de cuadra y empleados en las caballerizas de Muley Ismael, emperador de Marruecos, que venían como buscando algo perdido.

—Filisteo—gritaron al judío—, ¿no has visto pasar con silla y arreos un caballo del emperador?

La contestación de Abner, fue así:

—El mejor trotón que hay; deliciosamente chico es su casco; sus herraduras tienen catorce clavos de plata; su pelo reluce como el oro; tiene quince puños de alto; su cola tres pies y medio de larga y el bocado es de oro legítimo.

—¡Él es, él es *Emir*, el caballo del emperador! Dinos, Abner, y ¿hacia dónde corría?

## Cuentos de Calleja

— Pero si yo no he visto caballo alguno — repuso el judío sonriente —. ¿Cómo sabré de ir el camino que lleva?

Sorprendidos los criados por aquella contradicción, disponíanse a estrecharle más y más con preguntas, cuando se cruzó un nuevo suceso.

Por una de esas casualidades sorprendentes, pero frecuentes, también se había escapado el perrillo faldero de la emperatriz y los eunucos y esclavos venían en su busca.

— ¿Habéis visto el perrillo faldero de la emperatriz? — venían gritando.

— No es a un perro el que buscáis, sino una perra — exclamó Abner.

— ¡Eso es, eso es! — dijo el primer eunuco — ¿Dónde estás, Alina?

Abner, siguió diciendo:

— Es una perra modelo, que hace poco tuvo crías, larga de mamas, coja del brazuelo derecho y con el rabo como un plumero.

— ¡Ella es, ella es! ¿Para dónde ha tirado?

— ¡Si yo no he visto ningún perro! No sabía siquiera que mi emperatriz tuviera uno semejante.

A tales palabras enrojecieron de ira los criados. Creían firmemente que el ladrón era él, o que se burlaba del emperador, y agarrándole le condujeron a Palacio.

Muley Ismael, después de enterado, llamó al juez; pero antes, como prólogo, le propinaron veinticinco azotes. Abner quería explicarse, y recitaba versículos y sentencias del Talmud, pero el emperador insistía en que, de no parecer el caballo y el perro, quedaba sin cabeza.

Sonaban en Palacio todavía los lamentos del paciente cuando llegó la noticia de que el caballo y el perro habían aparecido. La noticia causó la sorpresa consiguiente y Muley Ismael quiso que Abner explicara su conducta.





Entonces el judío, satisfecho de que resplandeciera su inocencia, se inclinó al suelo tres veces, pronunció un millar de salutations, como: ¡Oh, el más poderoso emperador, rey de reyes, señor del desierto, estrella de la justicia, espejo de la verdad!, etc. y narró lo siguiente:

Paseaba yo, después de un afanoso día, cuando descubrí en la arena del camino huellas de animal. Yo las conozco bien y pronto supe que eran de perro. Mas entre las huellas de las patas había unos surcos finos y me dije: no es perro, sino perra; estas señales son de las mamas. Como advertiera, además, que la arena, de cuando en cuando, estaba sacudida o revuelta, deduje que su rabo era largo y como un plu-

## Cuentos de Calleja

mero. Finalmente, la huella del brazuelo derecho apenas se notaba. ¿No quería demostrar ésto que la perra cojeaba de él?

Los oyentes quedaron estupefactos ante el ingenioso judío, el cual satisfizo la curiosidad, pendiente aún, contando cómo supo el paso del *Emir* por aquellos sitios.

Cuando terminó fue felicitado por el Emperador, pero no queriendo perdonarle la burleta, le condenó a que pagara cincuenta monedas de las que allí se llaman *zechines*.

La tristeza que tal disminución en su bolsa produjo al judío fue larga y amarga.

Sin embargo, poco tiempo después, yendo de paseo por las avanzadas del Atlas, volvieron a encontrarle unos hombres armados. El jefe de ellos dirigiéndose a él le preguntó:

—¡Oye, buen amigo! ¿Has visto pasar a *Goro*, el guardián más cercano al Emperador? Ha huído y debe haber tirado hacia la montaña.

—No puedo servirlos, mi general—contestó Abner acordándose de la otra vez.

—Acaso, ¿no eres tú el filisteo de tan fina vista que no vio la perra ni el caballo? Por aquí ha debido pasar el esclavo; ¿no percibes el sudor de su cuerpo en el aire? ¿No ves en lo alto de las finas yerbas la huella de sus pies? ¡Habla o te estrangulo!

—Sin embargo, no puedo decir que he visto lo que no he visto.

—Por última vez, judío: ¿hacia dónde huye el esclavo? ¡Piensa en la paliza de la otra vez y en los *zechines*!

—¡Oh, dolor! Bueno, si yo debo haber visto a la fuerza al fugitivo, porque tú lo quieres, corre hacia allá. Si no está allí, es que está en otro lado.

—¡Entonces, quieres decir que lo has visto!—gritó furioso el soldado.





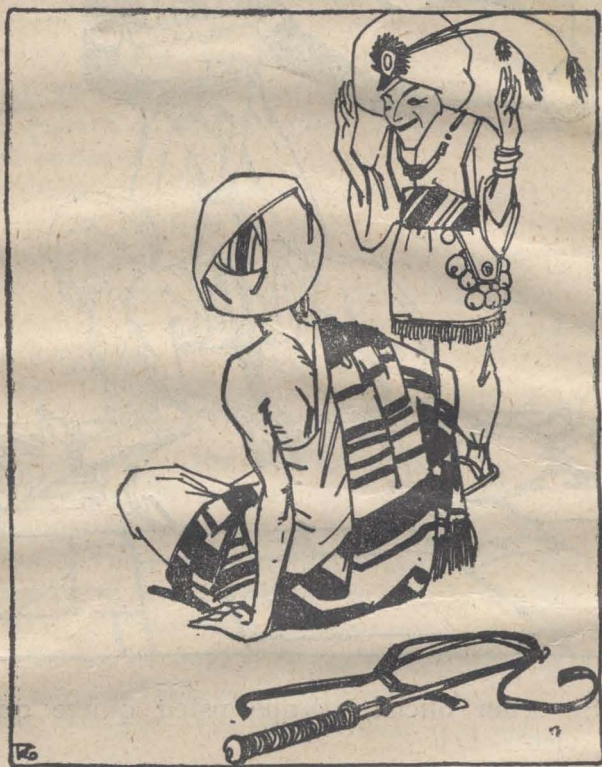
—Sí, señor oficial, porque usted quiere que lo haya visto.

Los soldados siguieron presurosos la dirección indicada, y Abner, satisfecho interiormente de su listeza, marchó a casa.

Pero no habían pasado veinticuatro horas, cuando una patrulla invadió su hogar, manchándolo, puesto que era sábado, y preso lo llevaron ante el Emperador de Marruecos.

—¡Perro judío!—le increpó el Emperador—, ¿te

permities jugar con los servidores del Emperador que van en busca de un fugitivo, señalándoles una pista falsa, mientras el esclavo logra la costa del mar y, por poco, alcanza un velero español donde refugiarse?



¡Cogedle, soldados! ¡Cien palos sobre sus costillas!  
Cien *zechines* de su bolsa.

Tú sabes, lectorcito, que en el imperio de Fez y Marruecos gusta la justicia pronta; así, en este caso. Abner fue apaleado y multado sin consultarle ni pedirle su parecer. Pero él, maldijo de su suerte que



## Viejo astuto

le condenaba a que sus costillas y su bolsa sintieran tan a lo vivo cualquier pérdida del Emperador. Cuando el desventurado, gruñendo y suspirando, cruzó entre la gente de la corte y fue a caer de rodillas, el enano o bufón le dijo:

—Date por contento, desagradecido Abner. ¿No es honra grande para tí la de que cada pérdida sufrida por el Emperador provoque hondo pesar en tí? Prométeme una buena propina y verás como yo, una hora antes de que se le pierda algo a S.M., voy a tu casa y te digo:—No salgas de tu cubil, Abner; tú ya sabes porqué. Enciérrate en tu alcoba hasta la puesta del sol, a cerrojo echado.

Esta, amigos míos es la historia de Abner, el judío que no ha visto nada.



## EL MAGO PRODIGIOSO

ERA tan tonto Policarpo, que no pasaba nunca por debajo de un árbol frondoso y corpulento porque temía que éste se le cayese encima.

Si por el pueblo corría alguna noticia imposible, que ninguno se tragaba, todos decían a una voz y entre risas desbordantes:

—Id a contárselo a Policarpo, si queréis que os crean. Solamente él podrá tomar en serio semejantes cosas.

Y si alguien le buscaba para referíselas, había que ver sus grandes ojos abiertos con asombro, y su boca, en forma de O, que iba agrandándose hasta que ya no le cabía en la cara...

Era un espectáculo que muchos habrían pagado a buen precio. Pero no faltaba quien dijese que Policarpo no era tan tonto como parecía, sino por el contrario, listo como una ardilla, sólo que ha fa todo aquello para burlarse del prójimo, oculto bajo la



## El mago prodigioso

máscara de su tontería. Mas, fuese lo que fuese, el hecho era que no había en el pueblo otro como él.

Cansados en su casa de la ociosidad en que vivía, dispusieron hablar con el dueño de una granja, para ver si era posible que éste diera trabajo a Policarpo.

—Traédmelo—dijo el granjero—. Yo veré en qué le ocupo qui. Amonestadle bien.

Policarpo fue aconsejado por sus padres larga y concienzudamente, y después se dirigió a la granja, dondó el dueño, advertido ya de que el muchacho



era tonto, le habló de esta manera, procurando poner claridad en sus palabras:

—Voy a encomendarte el cuidado del rebaño. No tienes sino sentarte bajo un árbol...

—Siempre que el árbol no sea muy grande—interrumpió Policarpo—; pues si es muy alto, yo no me siento debajo. Lo advierto.

—¡Vamos, hombre!—le dijo el granjero—Te sentarás donde te plazca; eso no es de importancia. Quiero indicar tan sólo que no es difícil el trabajo de cuidar un rebaño, ya que lo puedes hacer sentado en una piedra y hasta tocando la flauta. Pero lo que sí es de importancia es ésto que voy a decirte; atiende muy bien: si algún animal salvaje se echase de pronto sobre el rebaño, cogerás una piedra bien grande, como esta que está aquí (el granjero unió la acción a la palabra), y la arrojarás sobre el animal, que, asustado seguramente, huirá a toda prisa, dejándoos en paz. ¿Has comprendido bien?

—Muy bien—afirmó Policarpo, disponiéndose a comenzar sus tareas desde luego—. Todo lo he comprendido, y le aseguro que seguiré fielmente sus indicaciones.

Al ver tan buenas disposiciones, el granjero se apresuró a poner al muchacho en posesión de su nuevo empleo; y Policarpo partió con el rebaño, con rumbo a la pradera.

Durante el día, todo marchó muy bien; las ovejas pastaron tranquilamente y el pastor no tuvo más trabajo que estar tendido a la sombra.

Al caer la tarde, repentinamente y sin que nadie lo hubiese esperado, un leopardo se presentó a la vista. Policarpo, queriendo seguir al pie de la letra las indicaciones de su amo, echó a correr hacia la granja, entró en el patio, levantó la piedra con que el granjero le había dado la lección por la mañana, y se dirigió nuevamente a la pradera para arrojar aquella



## El mago prodigioso



piedra sobre el leopardo; pero desgraciadamente éste había huído al monte después de matar a las ovejas. Policarpo, muy contrariado, recogió de nuevo la piedra y volvió con ella a la granja para referir al amo lo que había ocurrido. Poco faltó para que el granjero le diese con aquella piedra en la cabeza; pero la consideración que tenía hacia los padres del tonto, le obligaron a perdonarle.

—Mira—le dijo el amo—; ya que no serviste para lo primero, a ver si sales con bien de lo segundo, que es más fácil. Mi suegra está enferma, y las moscas la molestan mucho, porque son como fieras en esta época del año. Siéntate cerca del lecho en que está dormida, y cuando veas que esos insectos forman ya una nube en la alcoba, busca en tu derredor algo con que espantarlos para que vuelvan a salir por la ventana. ¿Has comprendido bien lo que te he explicado? No hay ninguna complicación en ello. Procura obedecer, y éso es todo. Guarda también el mayor silencio, para que mi suegra no despierte, pues ha pasado malas noches.

Policarpo tomó asiento cerca del lecho de la anciana, y el granjero salió, porque iba al pueblo.

Durante algún tiempo las moscas no se presen-

taron; pero los últimos rayos del sol poniente parecieron atraer hacia la alcoba una nube de aquellos bichos. Policarpo, recordando que su amo comparaba a las moscas con las fieras, juzgó que debía tratarlas como a tales; por tanto, yendo a toda prisa hacia el patio, levantó la piedra que encontró más conveniente, volvió a la alcoba y, siempre con el mayor sigilo para no despertar a la señora, arrojó el proyectil sobre las moscas, pero con tan mala suerte que la piedra cayó directamente sobre el rostro de la anciana, causándola una gran herida. Tan pronto como Policarpo vio el resultado fatal de sus actos, temeroso de que tuviesen mayores consecuencias, tomo su gorra y salió a escape de la casa, dirigiéndose hacia el camino que llevaba a la aldea de las Moras, que era un lugar no muy distante. Antes de llegar a él, resolvió pasar la noche en la carretera, y, ya entrada la mañana se levantó y reanudó su camino hacia la aldea.

—¿En qué sitio de esta población—le dijo a un viandante—, podré encontrar trabajo?

—Sólo yendo al valle del Encinal, porque allí se reúnen algunos hombres, y tienen a veces mucho que hacer. Recorriendo ese camino que se ve a la izquierda, llegarás muy pronto a él.

Policarpo corrió hacia allá, y en un instante estuvo al habla con siete hombres que se hallaban sentados frente a una casuca. El muchacho les expuso en unas cuantas palabras el motivo de su presencia, y ellos le recibieron con mucho agrado.

—Mañana—dijo el que parecía ser el jefe—iremos a trabajar al otro lado del río y te llevaremos con nosotros.

Y a la mañana siguiente, apenas rayaba el alba, se levantaron todos, Policarpo inclusive, y se pusieron en marcha. Pero al llegar al río se encontraron con que estaba seco.



## El mago prodigioso

—Mejor así—pensó Policarpo—, pues no tendremos que cruzar a nado la corriente.

Pero, con gran asombro suyo, vio que aquellos siete hombres se desnudaban precipitadamente, colocaban el paquete de sus ropas sobre su cabeza, y se tiraban al cauce del río, como si efectivamente lo fuesen cruzando a nado. Todos hacían lo mismo. Entonces Policarpo, temeroso de perder su influencia con los que hasta allí parecían sus protectores, se apresuró también a quitarse la ropa, hizo un paquete con ella, se lo echó a la cabeza y, lanzándose al cauce, braceó como los demás. Cuando todos estuvieron en la otra orilla, saltaron a ella fatigados, palpándose brazos y piernas para convencerse de que no se habían hecho daño alguno; y en seguida, el jefe contó a sus hombres cuidadosamente, con objeto de saber si estaban todos; pero tuvo la inadvertencia de no contarse a sí mismo, de manera que ya no eran siete, sino seis. En vista de ello, los otros, horrorizados, procedieron a contar, pero tampoco se contaban a sí mismos, de modo que siempre faltaba uno.

Al convencerse de la terrible verdad, todos en coro exclamaron:

—Uno de nosotros se ha ahogado, pues éramos siete, y ahora no somos sino seis.

Entonces Policarpo, indignado, tomó una vara que estaba caída en el suelo y, dando con ella un terrible golpe a cada uno de



## Cuentos de Calleja



aquellos hombres, contó religiosamente:—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

En vista de lo cual, los hombres se arrodillaron para besarle los pies, declarándole un mago prodigioso, ya que, siendo ellos seis tan sólo había podido encontrar al séptimo que faltaba y que estaba ahogado.

No hay para qué decir que este fue el principio de la fortuna de Policarpo.





## UNA TERRIBLE AVENTURA

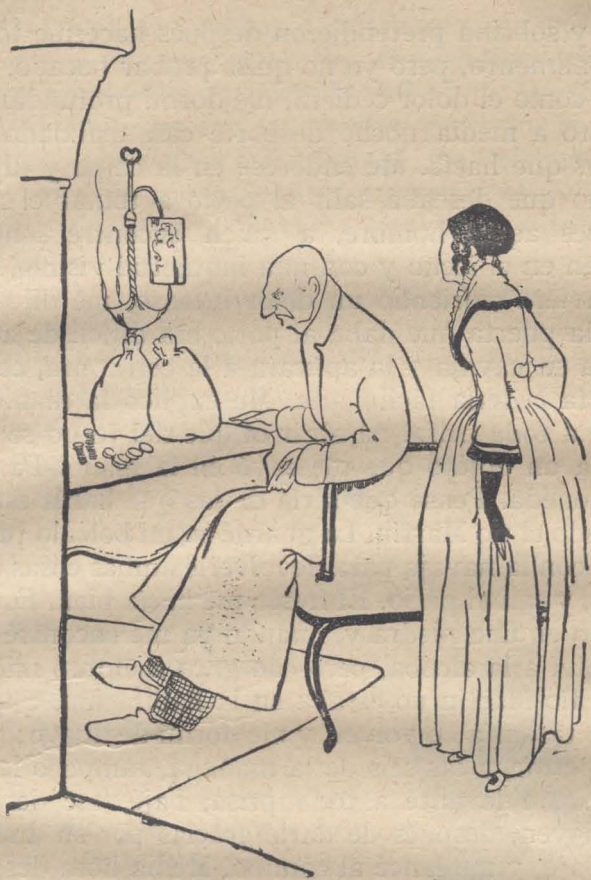
YO nací (dice el héroe de este relato) en una hermosa ciudad, y mis padres fueron personas muy respetables. Mi hermana, que era algo mayor que yo, se casó con un marino, al cumplir veinte años, y como su esposo tenía ya una buena suma ahorrada, se retiró de la profesión y se fue a vivir con su mujer a Navirros, ciudad que estaba a tres horas de la nuestra. Hacía ya cuatro años que mi hermana se había casado, cuando me invitó a pasar unos días con ella. Tenía yo por aquel entonces veinte años cumplidos. Preparé un maletín con lo más necesario, me despedí de mis padres, y emprendí la marcha a pie, tanto porque tres horas de camino eran poca cosa para mí, como porque el tren hacía el viaje de noche y yo no podía gozar de las muchas bellezas del camino. Empecé, pues, la marcha a las cuatro de la tarde, jubiloso, aspirando con deleite la brisa fresca que soplaba y contemplando el paisaje trasparente a que daba vida el gorjeo de los pájaros. Durante dos horas, todo

fue admirablemente; pero de pronto, y sin saber porqué, un dolor agudísimo se me clavó como un puñal en el costado izquierdo, quitándome por completo las fuerzas y casi la respiración. Sin embargo, pude seguir andando penosamente por espacio de otra hora hasta que, al entrar en el pueblo de Talvera, que está un poco antes de llegar a Navirrosa, me fue imposible dar un paso más. Gasté las pocas fuerzas que me quedaban llamando a algunas casas en busca de alojamiento para aquella noche; pero en ninguna parte podían hospedarme, por falta de cama. Pude todavía internarme más en el pueblo, y en una casa de mejor apariencia, fui recibido por una mujer muy joven, que, antes de ofrecerme hospedaje, se informó de mi nombre y de mis antecedentes. Le dije quién era yo y le hablé de mi hermana, casada en Navirrosa, y como resultó que la conocía muy bien, lo mismo que al marido, me hizo subir a una alcoba donde estaba un hombre anciano contando mucho dinero amontonado sobre una mesa, al cual dijo así:

—Tío Martín, aquí tienes a este pobre







joven que se halla enfermo. ¿Querrías compartir con él tu lecho por esta noche? Mañana saldrá para Navirrosa, pues tiene allí familia.

Y le habló de mi hermana, a quien él también conocía.

—Sabes bien—respondió—que mi cama es estrecha; pero si se conforma...

A todo dije que sí, y sin esperar a más, caí en el lecho como un paquete que se arroja al suelo.

## Cuentos de Calleja

Tío y sobrina pretendieron después hacerme tomar algún alimento, pero yo no quise probar bocado. Más tarde, como el dolor cediera, me dormí profundamente; pero a media noche desperté casi asfixiado por el calor que hacía. Me enderecé en la cama y dije al anciano que deseaba salir al patio a tomar el aire; entonces aquel hombre, a quien encontré sentado también en el lecho y con una inquietud visible, cual si estuviera sufriendo un dolor intenso, me dijo que como la puerta que daba al patio era difícil de abrir, tomara su navaja y la aplicara a la cerradura, con lo que ésta cedería fácilmente. Me explicó la maniobra y bajé a toda prisa. Al abrir oí que del techo se desprendía un objeto que me cayó en la mano. Parecía una moneda. Pensé que sería de las que había estado contando el tío Martín. La guardé en mi bolsillo juntamente con la navaja para devolverle ambas cosas a mi vuelta, y salí al patio. El fresco me hacía bien. Estuve sentado en una piedra y, cuando ya me encontré mejor, volví a la alcoba, pero con gran asombro mío, ví que el tío Martín no estaba en la habitación. Supuse que no tardaría en volver, y me dormí de nuevo; pero al despertar, a las seis de la mañana, tampoco lo encontré. Me levanté a toda prisa, bajé, me despedí de la joven, después de darle gracias por su amable hospedaje, y me lancé al camino. Media hora después estaba ya en Navirrosas, abrazando a mi hermana. Su alegría fue inmensa y nuestra conversación atropellada y sin término. Llevábamos ya una hora hablando, cuando llamaron apresuradamente a la puerta, preguntando por mí. Salí en el acto, seguido de mi hermana, y me encontré con tres hombres a caballo, uno de los cuales dijo al verme:

—Dese preso inmediatamente, pues ha asesinado usted en Talvera a un anciano, para robarle el dinero.

Mi consternación no tuvo límites. Mi hermana perdió el sentido, y yo, acompañado por mi cuñado,



## Una terrible aventura

me dejé llevar al pueblo, donde me sometieron a toda prisa a un interrogatorio. Habiéndose encontrado en mi bolsillo la cuchilla del viejo Martín y una de las monedas con su nombre grabado, la justicia opinó que yo era el criminal que, después de matar y robar al anciano, había escondido el cadáver en algún sitio secreto. La cama estaba llena de sangre, el tío Martín había desaparecido, y yo tenía su cuchilla y una de las monedas; ¿qué más pruebas se podían pedir?

No hubo apelación posible. En vano fue que yo explicara minuciosamente los acontecimientos. Nadie me creyó, excepto mi hermana, que repetía conmigo:

—¡Es inocente, es inocente!

Dos días estuve preso, mientras se hacían más averiguaciones; pero el misterio continuaba, porque el cadáver no parecía por ninguna parte. Se me rogaba, se me exhortaba a que dijese donde lo había escondido; pero como yo no podía dar respuesta, se me condenó a muerte en horca. Y el temido día llegó. Aún siento la fría impresión que hizo en mi cuello la dureza de la cuerda en que fui suspendido...

Porque, aunque no lo creáis, se me colgó,



sí, se me colgó. Recuerdo perfectamente cómo me izaron en el aire lo mismo que un carnero, y después... No supe más de mí, sino que abrí los ojos y me encontré con mi hermana y mi cuñado junto a mi cuerpo extendido en el campo. Supe por ellos que cuando todos se retiraron juzgándome ya muerto, mi cuñado cortó la cuerda, y entre él y mi hermana me llevaron a aquel sitio y me volvieron a la vida con mil cuidados. La justicia de la tierra se había aplicado; pero había vencido la justicia de Dios; yo estaba vivo.

Con el mayor sigilo se me tuvo oculto durante dos días en casa de unos parientes de mi cuñado, y al tercer día me embarqué para Calcuta, donde permanecí un año entero. Una tarde estaba yo sentado en la orilla del puerto, cuando ví que atracaba una barca y que de ella saltaban a tierra tres hombres, uno de los cuales se dirigió hacia mí para pedirme informes sobre la ciudad. En cuanto ví aquel rostro, reconocí a la persona: era el tío Martín. Dí un grito, y le dije:

—Si no me engaño, hablo con Martín Ardoz, vecino del pueblo de Talvera, a quien yo asesiné, según la justicia, y por cuyo crimen fui colgado.

—Soy el mismo—me respondió inmediatamente.

Y como también se acordaba de mí, quiso que le acompañara para que yo le contase mis aventuras y él me refiriese las suyas. Nos fuimos con sus compañeros a un café y allí me relató lo que sigue: que habiendo tenido un disgusto con un hombre, éste le hirió en un brazo la mañana del día en que yo me presenté en su casa de Talvera; que por no dar un disgusto a su sobrina, habíale ocultado que estaba herido, pero que como en la noche la venda que el cirujano le había puesto se le hubiese caído, comenzó a desangrarse y se decidió a salir de la casa en busca de médico que lo vendase nuevamente; que una vez en la calle, dos marineros a quienes no conocía, por robarle su fortuna,



Una terrible aventura



## Cuentos de Calleja

que siempre llevaba consigo, lo metieron en un carricoche y se lo llevaron a su barco, que zarpaba al amanecer; allí estuvo como prisionero, trabajando ruidosamente con la tripulación durante todo un año entero, al fin del cual acababan de devolverle su libertad.

—Mañana—me dijo—salgo en otro barco para volver a Talvera, lo que es una gran dicha para mí.

—Pues nos iremos juntos—le respondí—, ya que podré justificar mi inocencia, presentando vivo al asesinado.

Y algún tiempo después, el tío Martín y yo volvíamos felices al lado de nuestras familias.





## LA NIÑA ARREBATADA POR EL VIENTO

**V**AIS a conocer la extraordinaria aventura de una joven nacida en una tribu del sur de Africa, hace muchos años. Se llamaba Calixta, y era hija del jefe de la tribu. No tenía más que un hermano, pequeño todavía, por lo cual era ella la encargada de cuidar las bestias y de llevarlas a pacer.

Estando, una vez, con su rebaño lejos del lugar donde la tribu se asentaba, levantóse de pronto un formidable torbellino de viento que la envolvió, la levantó y se la llevó por el espacio.

Muchas leguas traspuso en el aire, atontada, sorda y ciega; yendo a caer al fin, en un montón de paja que pertenecía a una tribu distinta, desconocida de ella. Una tribu que se llamaba *la tribu de los partidos*, porque los hombres que la formaban no tenían más que un ojo, un brazo, una pierna y una oreja.

Cuando la pobre Calixta se libró del atontamiento que le produjo el portentoso viaje, y pudo ver aquellos seres medio personas, que bullían a su alrededor, afligida y temerosa, se puso a llorar. Pero fueron tantas las divertidas diabluras de aquellos *hombres par-*

## Cuentos de Calleja



*tidos*, que acabaron por distraerla y consolarla. Se quedó con ellos, y, al cabo de algún tiempo, se casó con el hijo mayor del jefe.

Este joven era un modelo, dentro de la belleza varonil de su raza. La única oreja que tenía, se levantaba en lo alto de la cabeza, a manera de empingorotado mechón de pelo. El único ojo que tenía en la cara, quedaba entre las cejas, sobre la nariz. El único brazo, le salía del pecho, y, por último, la única pierna en que se apoyaba el tronco de su cuerpo, dibujábase en forma de cizzás. La pierna en cizzás le permitía correr, moverse y saltar con mucha soltura. Como



## La niña arrebatada por el viento

veis, el marido de Calixta no era demasiado guapo. Sus defectos corporales pasaban de la raya, pero tenía un defecto moral mucho más grave todavía: la desconfianza. No se fiaba de nadie; y como no se fiaba de nadie, no se fiaba tampoco de su mujer.

Veréis un detalle que prueba lo que discurría el desconfiado: se dedicaba a recoger cuernos de grandes animales y a ponerlos bajo el suelo de su choza. ¿Para qué? Vais a verlo en seguida.

Calixta no se hallaba a gusto, se acordaba mucho de su casa, de su padre, de su hermanito, de los rebaños que apacentaba. Una tarde, más triste que ninguna otra, pensó huir de la cabaña. Tenía el corazón afligido y, como no habían vuelto del campo los hombres, se puso en pie y echóse a andar. Pero en esto, los cuernos comenzaron a llenar el espacio con sonidos que decían:

¡Tarará! ¡Tarará!

Calixta se vá.

Calixta, la del torbellino,

Calixta, la que guardaba los merinos.

A las voces de los cuernos acudieron los hombres que ya volvían del trabajo. La vieron correr, a buena distancia de las chozas, pero se lanzaron detrás a grandes zancadas, o mejor dicho, a grandes saltos de una sola pierna, y alcanzaron a la fugitiva, conduciéndola en seguida a su casa.



Mucho tiempo pasó reclusa en ella sin salir, vigilada siempre por su marido y por los dichosos cuernos de alarma. En este tiempo tuvo dos hijas gemelas, que se parecían mucho. Crecieron las dos niñas y, un día, estando por agua en la fuente, descubrieron que detrás de unos rosales silvestres se hallaban escondidos unos hombres. Aquellos hombres eran, el hermano de su madre, o sea su tío materno y los criados de éste. El tío les preguntó:

—¿De quién sois hijas, bellísimas jóvenes?

—De Calixta—respondieron las muchachas.

—¿Y ella de quién es hija?—volvió a insistir el tío.

—No sabemos bien: pero según nos ha contado muchas veces, fue arrebatada por un torbellino de viento, cuando guardaba los rebaños de su padre.

—¡Entonces...! ¡Entonces!... —comenzó a gritar el buen tío—, entonces vosotras sois las hijas de mi hermana Calixta.

Loco de entusiasmo las abrazó y las besó.

—Esperad, esperad—les dijo.

Y se puso a cortar rosas y a formar unos ramilletes, que entregó a las chicas, diciendo:

—En cuanto lleguéis a casa, esconded bien estos ramos bajo la piel de lobo que sirve de asiento a vuestra madre, poneos a llorar y decidle que vaya a buscaros algo de comer.

En efecto; las chicas hicieron punto por punto lo dicho por el tío. Mientras su madre fue a buscarles alimento, escondieron los ramos de rosas bajo la piel de lobo, y, cuando la madre volvió y se sentó encima, las rosas fueron deshechas, aplastadas. Las dos rompieron a llorar desesperadamente.

—¡No lloréis, hijas mías! Yo mandaré a un hombre que haga otros ramilletes con rosas de los mismos rosales—exclamaba la bondadosa mamá tratando de consolarlas.



Pero ellas dijeron que no; que no fuera un hombre, que fuese ella misma en busca de las rosas.

Calixta, por no verlas llorar más, encaminóse a la fuente de los rosales y, al llegar a ella, descubrió a su hermano. La infeliz lloró de tanta alegría.

—¿Cuándo volverás a nuestra casa? ¿Por qué permaneces con estos salvajes?—le preguntó el hermano.

Y ella respondió:

—No puedo salir de aquí; si trato de escaparme, suenan los cuernos de alarma.

—¿Qué cuernos?

—Unos cuernos mágicos, que mi marido ha colocado debajo del suelo de mi choza.

El hermano quedó pensativo unos instantes, buscando el modo de burlar tan curiosa extratagema; y acabó diciendo:

—Harás lo siguiente: Pondrás agua a hervir y, cuando esté hirviendo, la volcarás sobre los cuernos; luego los rellenarás con masa de harina y, luego, pondrás encima de ellos grandes piedras. Te acuestas y, cuando estén dormidos todos, coges de las manitas a tus hijas y vienes aquí a buscarnos.



## Cuentos de Calleja

Calixta dióse prisa en volver a casa y en poner en práctica los consejos de su hermano. Mandó a las niñas que pusieran agua a cocer y la volcó en los cuernos, tapó con masa de harina las bocazas de los mismos y colocó grandes peñones sobre ellos. En fin, cuando los demás dormían a pierna suelta, levantóse, arrastró consigo a sus hijas y fueron en busca del hermano y sus criados. Todos huyeron en seguida.

¿Qué pasó entonces? Pues que los cuernos quisieron dar sus voces de alarma, pero no pudieron sonar como otras veces. Hicieron sólo unos ruidos extraños, que parecieron ladridos a los habitantes del poblado. El marido de Calixta debió de sospechar algo, porque se levantó, removi6 los cuernos, deshizo la obra de su mujer y, al cabo, comenzaron a exclamar.

¡Tarará! ¡Tarará!..

Calixta se vá

Calixta, la del torbellino.

Calixta, la que guardaba los merinos.

Entonces echaron a correr, dando grandes saltos con sus únicas piernas, los miembros de la tribu; y, después de una gran carrera, divisaron a Calixta y a su gente. Fueron acortando la distancia, pero al acercarse ya, vieron que con el grupo de Calixta iba un carnero negro que comenzó a hablarles como una persona y a bailar delante de ellos. En presencia de aquella maravilla se quedaron quietos los perseguidores durante un gran rato, el cual supieron aprovechar los fugitivos. Cuando ya no se veían en el camino, el carnero negro desapareció, yendo a reunirse con ellos, mientras que los perseguidores burlados y enfurecidos reanudaron la persecución. Ya los ven de nuevo, ya se acercan, ya van a caer sobre la familia de Calixta. Pero, nuevamente aparece el carnero negro, que amenaza a los perseguidores y se pone a bailar. Éstos quedan otra vez petrificados y los otros consiguen escapar.





—¡Esto es una vergüenza!—gritaron los salvajes—  
Ya no se volverá a repetir. No haremos caso ninguno  
del maldito carnero, aunque hable, aunque baile más  
que una peonza. Parecemos niños atontados. ¡Ade-  
lante, adelante, y valor! No es cosa de que un carnero  
se burle de nosotros.

Después de esta arenga del más valiente de *los par-*  
*tidos* reanudaron la persecución con más furia que  
nunca. Era cosa divertida ver el camino lleno de hom-  
bres extraños que corrían como en cojetas, a grandes  
saltos, y movían el brazo con ademán iracundo, y aga-  
chaban la grande oreja para no ofrecer resistencia al  
viento a costa de la velocidad.

Pronto alcanzaron una vez más a los fugitivos, pero  
también les salió al paso el carnero, y con canciones  
y danzas tan maravillosas que no pudieron menos de

quedar embelesados. Por si ello era poco, el encantado animal les repartió golosinas, diciéndoles:

—Ahí van. Son de Calixta; para vosotros. Ella desea festejar este día y que os quitéis el amargor y el cansancio con estas golosinas dulces y frescas.

Los salvajes no tuvieron más remedio que reconocerse vencidos por la magia del carnero y la bondad inteligente de Calixta. Volvieron la espalda, después de haber visto desaparecer al carnero, y regresaron al sitio de su campamento.

Mientras tanto llegó el grupo de Calixta a casa de sus padres y fueron recibidos con inmensa alegría. Diré, para terminar, que la madre de Calixta se dejó crecer de nuevo el cabello, pues se lo había cortado, en señal de duelo, el día que desapareció su hija. Es un luto curioso que usaban las tribus de aquella región africana y en aquellos tiempos. Y aquí terminó la historia de Calixta la del torbellino.





## LA CUEVA DE LOS LADRONES

**R**EFIERESE en los países de Oriente que, estando un día en el bosque el leñador Alí Babá cortando leña para el servicio de sus parroquianos, oyó un fuerte rumor, que al pronto le pareció de tormenta. Era un tropel de jinetes, muy negros y barbudos, que venían por el camino con enormes sacos llenos hasta casi reventar. Tenían aspecto de ladrones, y eran cuarenta, ni uno más ni uno menos..

Por fortuna el pobre Alí Babá, temeroso, se había escondido entre las ramas de un árbol, y sus burros, asustados también, habían roto los ronzales y andaban dispersos. Así los ladrones, pues en efecto lo eran, no se percataron de que alguien los observaba.

Echaron pie a tierra, y el que parecía capitán, gritó delante de unas enormes rocas, estas palabras:

— Sésamo, ábrete.

La peña, que no presentaba abertura ni señal de tenerla por ningún lado, se abrió y los cuarenta ladrones, con los sacos al hombro, entraron en aquella insospechada caverna que, a la voz de «Sésamo, ciérrate», volvió a cerrarse sin que al exterior se conociera lo más mínimo.

Apenas se hubieron alejado los ladrones, Alí Babá, que los fue contando para ver si se quedaba alguno, viéndolos salir a todos, bajó del árbol y, después de vacilar un poco, se llegó a la peña y exclamó, como antes el capitán:

—Sésamo, ábrete.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos, al entrar en la caverna, nunca más había de olvidársele. Era una estancia riquísima, llena de tesoros y en largas galerías amontonábanse los sacos de dinero en cantidad incalculable.

Pensando, como buen musulmán, que en robar a un ladrón no hay culpa, cuánto más a cuarenta, salió a buscar sus burros, volvió a la cueva, los cargó con todo el oro que podían llevar, y pronunciando el «¡Sésamo, ciérrate!» se volvió a su casa. Hé aquí cómo el pobre leñador, que apenas sacaba de su oficio para vivir, se vio de repente en la opulencia, por la protección de Alá, que así quería recompensarle su honradez.

La esposa de Alí Babá, en cuanto se enteró de los acontecimientos, desechó los temores que al ver tanto oro le habían acometido y quiso contarlos; mas, como era demasiado, pensó que le sería más conveniente una medida de las que se usan para los granos. No la tenía ella y corrió a pedírsela a su cuñada, mujer del hermano de Casim, con quien apenas tenía trato. Eran comerciantes acomodados y tenían a menos el parentesco de unos humildes leñadores.

Sorprendióse la cuñada, y entrándole curiosidad de saber qué granos iba a medir la otra, untó de sebo el fondo de la medida. Cuando al otro día fue la mujer de Alí Babá a devolvérsela, halló adherida al sebo una moneda de oro.

Comunicó ella la noticia a Casim, y en ambos se despertó el sentimiento de la envidia, juntamente con la codicia más violenta. Fuese Casim a ver a Alí Babá, logró arrancarle el secreto de aquel cambio de fortuna





conció el propósito de sacar para sí todo el provecho posible.

Marchóse, en efecto, al otro día con diez mulos cargándolos con unos cofres vacíos, tan grandes que podían contener las riquezas de diez reinos. Y todo al principio sucedió como estaba previsto. Llegó a la roca, pronunció el «Sésamo, ábrete», entró en la cueva y se halló frente a los inmensos tesoros allí acumulados. Pero entonces le entró el vértigo. Todo se lo quería

llevar; metió en la cueva los cofres, fue llenándolos, revolió todo lo que no cabía en ellos y se dispuso a salir. Y entonces vino lo terrible: con la avaricia y el cansancio, se le fue la memoria. Quiso recordar el conjuro, y no le fue posible. En vano gritó: "¡Abrete, trigo! ¡Abrete cebada! ¡Abrete, centeno!". La roca seguía inmovible; y cuando ya se entregaba a la desesperación, oyó gritar fuera lo que inútilmente había tratado de recordar:

—Sésamo, ábrete.

Eran los cuarenta ladrones que volvían a su cueva. Al ver los mulos, comprendieron que algo extraño ocurría. Miraron por los alrededores, y nada vieron. Entonces, decidiéronse a entrar.

Ver al desdichado Casim, echarse sobre él y despedazarle, todo fue uno. Cabeza, brazos, y piernas

quedaron separados del tronco y los seis pedazos fueron puestos por los bandidos a la entrada, para escarmiento de todo el que lograrse sorprender el secreto de su refugio. Después ordenaron sus revueltos tesoros, montaron a caballo y se fueron por donde habían venido, a tramar nuevas fechorías.

Como pasara





## La cueva de los ladrones

el día y la noche sin que Casim volviese a su casa, la mujer, alarmada, corrió a contárselo a Alí Babá. Lamentóse éste de la codicia de su hermano, presintiendo un mal fin. Y, para comprobarlo y remediarlo si aún era posible, cogió su hacha y sus asnos y se fue al bosque como solía hacerlo.

Al ver la roca manchada de sangre, ya no le cupo duda; entró, y ¡cuál no sería su dolor al ver el cuerpo del infeliz, descuartizado y clavado en la pared para ignominia!

No había tiempo que perder. Cargó los restos en uno de los asnos, tapándolos bien con leña y ramajes, para que nadie lo notara, y, por no desperdiciar el viaje, puso encima de los otros dos burros todo el oro que podían llevar.

Ya en su casa, buscó medio de ocultar el suceso, haciendo creer a todos que la muerte había sido natural. Ayudóle una sierva que tenía, llamada Luz de la Noche, tan lista que cortaba un pelo en el aire. Fue la muchacha a la botica, pidió una de esas drogas que se dan a los enfermos desesperados; a la mañana siguiente, otra de mayor efecto; y hacia el mediodía, cuando hizo correr por todo el barrio la voz de que Casim había muerto, a nadie le extrañó, porque, gracias a la treta de antes, todos sabían ya que estaba muy enfermo.

Faltaba lo principal: que nadie a la hora del entierro, viese su cuerpo hecho pedazos. También Luz de la Noche lo remedió, yéndose en busca de Mustafá, viejo zapatero reputado por la habilidad de su aguja. Con razones y con algunas oportunísimas monedas de oro le convenció para que se dejase guiar, con los ojos vendados, hasta la casa y, ya allí, para que cosiera el cadáver a fin de que no se conociese la violencia.

Cosió el zapatero con todo el primor que se le pedía y, con los ojos vendados, volvió a salir de la casa.

## Cuentos de Calleja

Cuando el imán y los amigos vinieron a llevarse el cadáver, nadie hubiera dicho que el muerto no había dejado este mundo con toda la tranquilidad compatible con tan duro trance.

Entre tanto, los cuarenta ladrones habían vuelto a su cueva, y, viendo que los despojos ya no estaban



allí, tuvieron la certidumbre de que no era solo el muerto quien conocía su secreto. Para buscar a los cómplices, uno de los bandidos se ofreció a ir a la ciudad. Y mirad por dónde, la primera persona con quien fue a hablar, era el zapaterillo Mustafá, inclinado sobre sus suelas, aunque ya escaseaba la luz. Como alabara el ladrón, para entrar en materia, la



## La cueva de los ladrones

buena vista que el otro conservaba a sus años, el zapatero, jactancioso, exclamó:

—¡A ver quién como yo es capaz de coser un cádáver partido en seis pedazos y que no se conozca!

No necesitaba oír más el ladrón, para comprender que había hallado lo que buscaba. Con halagos, prome-



sas y amenazas le hizo confesar, y aunque el zapatero no conocía la casa, acudió el bandido a la estratagema de vendarle a su vez los ojos, con lo cual rehizo el camino y se detuvo a la puerta misma de Alí Babá.

—Aquí es—dijo—; la reconozco en el olor y en el poyo que tiene en la puerta, gracias al cual por poco me rompo las narices.

Marcó el bandido con una cruz, trazada con tiza, la puerta, y se fue a prevenir a sus compañeros. Pero Luz de la Noche, al volver de la compra, vio la cruz y sospechosa de algo, trazó otra igual en cada una de las puertas de la calle, con lo cual los bandidos, cuando fueron al día siguiente en plan de venganza, se vieron chasqueados.

Creyeron que el primer ladrón había querido burlarse de ellos, le condenaron a muerte y enviaron a otro para poner las cosas en claro. Todo sucedió lo mismo que la primera vez. Le llevó el zapatero hasta la casa de Alí Babá, y el ladrón hizo una señal roja en la puerta. Luz de la Noche, que desde la otra vez vigilaba sin cesar, lo descubrió muy pronto y repitió la marca en toda la calle.

Grande fue la decepción de los ladrones, al verse de nuevo burlados. Dieron muerte al segundo emisario, y, no fiándose ya de nadie, fue el capitán en persona, quien se encargó de hallar la casa. Llegó hasta ella de igual modo que los dos subordinados, pero, en vez de señalar la puerta, se fijó bien, para no confundirse, en la casa y se volvió a preparar lo que había tramado.

Mandó hacer treinta y ocho tinajas muy hondas, y anchas de boca, capaces de contener cada una a un hombre. Llenó una sola de aceite y mandó a sus treinta y siete ladrones que se metieran en las demás; y cargándolas, dos a dos, en fuertes mulos, se vistió él de vendedor de aceite y se puso en marcha como si llevase las treinta y ocho vasijas al mercado.

Pasó, como se proponía, por delante de la casa de Alí Babá y, viéndole a la puerta, le pidió permiso, como era tarde y los paradores estaban llenos, para pasar allí la noche. Concedióselo Alí Babá, hospitalario como buen mahometano, y entre los dos pusieron las tinajas en el patio y echaron un pienso a



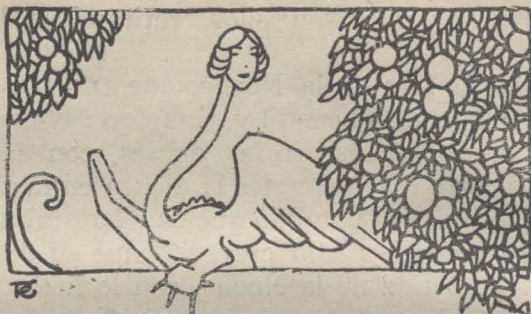
las caballerías. Cenaron ellos, retirándose luego a descansar.

En esto, a Luz de la Noche, que trajinaba en la cocina, se le apagó el candil y, como no tuviera aceite, fue a tomarlo de una de las tinajas, con ánimo de pagarlo al otro día. Al meter la alcuza en la primera, dio un coscorrón al bandido que en ella estaba oculto, el cual se preparó a salir creyendo que su capitán le avisaba. Pero Luz de la Noche, con lo lista que era, comprendió el riesgo que había e inclinándose sobre la tinaja, dijo al ladrón, muy bajito:

—Quieto, valiente; pero estate preparado, que ya se acerca la hora.

Lo mismo fue diciendo a los treinta y seis restantes. De la última vasija tomó una buena cantidad de aceite, la hirvió y, acercándose poco a poco a cada una de las tinajas, como si fuese a llamar a los ladrones, en cuanto uno sacaba la cabeza para preguntar: ¿Es hora? le echaba encima un chorro de aceite hirviendo, con tal tino que a todos los dejó muertos sin que pudieran decir ¡ay!.

Despertó luego a Alí Babá, llamaron los dos a la policía, y cuando el falso mercader bajó al patio para dar la señal, se encontró cogido. A los pocos días pagó en la horca todas sus maldades. Descubierta el tesoro, se repartió entre la ciudad y el que lo había hallado. Así llegó Alí Babá a ser uno de los hombres más ricos del mundo. Tenía ya un hijo, que era de la misma edad que Luz de la Noche, y le casó con ella. Verdaderamente a la protección de Alá y al ingenio de la muchacha debía su extraordinaria fortuna.



## EL PRINCIPE, EL MONSTRUO Y LA BELLA

**E**N el jardín real había, entre otras cosas dignas de ver, un manzano de oro y un pozo. En este pozo habitaba una lamia—monstruo fabuloso, con cuerpo de dragón y cabeza de mujer—, que salía todas las mañanas a coger del árbol una manzana de oro.

Un día, el primogénito del rey se presentó a su padre y le dijo:

—Padre, cásame. Ya tengo edad, cuerpo y los ánimos de hombre.

El rey le contestó en pocas palabras lo siguiente:

—Yo te casaría, con la mejor voluntad, si consiguieses matar la lamia.

Al oír esto, el primogénito se dirigió a la armería real, buscó un arco potente y seguro y se apostó delante del pozo en espera de que la lamia saliese. Y, en efecto, cuando la vio salir disparó sus flechas, pero no pudo matarla.

El primogénito del rey había perdido la partida. Pero el rey tenía dos hijos más. El segundo de ellos



se le acercó poco después y le dijo lo mismo que el primero:

—Padre; ¿por qué no me casas?

Y el rey le repuso lo que a su hijo mayor.

Todo lo que sucedió después fue repetición de lo ya pasado.

El segundo hijo, después de apostarse y disparar su flecha, marró el tiro y perdió la partida. Pero quedaba el tercero, el menor de todos, el cual, en su día, vino al padre con la misma pretensión que sus hermanos y obtuvo del rey la misma respuesta.

El pequeño era más listo; y habiendo aprendido con la experiencia de sus hermanos que las flechas no daban resultado, procuró variar de armas y de táctica. Se compró una maza de hierro erizada de púas, como la que usaba Hércules; se levantó una noche antes del amanecer, y se escondió en los setos del jardín.

La lamia no faltaba nunca a su costumbre; no podía pasar veinticuatro horas sin comer el fruto del manzano de oro; de modo que salió del pozo.

El joven la vio salir, la dejó pasar por su vera y, cuando hubo pasado, salió sigilosamente y le descargó por detrás un mazazo formidable en la cabeza. Aturrida por el golpe, cayó al suelo, pero en seguida, renqueando torpemente, pudo llegar al pozo y precipitarse en él.

La rabia del joven príncipe fue grande, pero no desistió de la empresa como sus hermanos. Reflexionó sobre lo que le convenía hacer y luego, llamando a sus criados, les dijo:

—Me vais a traer una cuerda larga; con ella me ataré y bajaré al fondo del pozo; cuando yo sacuda la cuerda vosotros tiráis de mí.

Tal como lo dijo se hizo.

El príncipe bajó al pozo, atado a la cuerda, dio allí con la lamia, que estaba adormecida, quizás por

el mazazo, pero, además, vio a la mujer más bonita que pudieran ver ojos humanos: a la conocida con el nombre de la Bella de la Tierra.

Con la cuerda que le había servido para bajar, amarró a la lamia y luego a la Bella de la Tierra, que parecía dormir también, y luego se ató él mismo. Hecho ésto, dio dos o tres tirones y la cuerda comenzó a subir muy despacio.

—¡Hala, hala, hala para arriba!

Los criados sudaban la gota gorda.

Por fin llegó a la boca la Bella; tras nuevas fatigas llegó también la lamia; pero ya no pudieron más, y cortaron la cuerda. El príncipe volvió a sumirse en las profundidades del pozo.

Al caer abrió con su cuerpo un agujero en la tierra. Este agujero se convirtió en una galería larguísima y oscura, que parecía no tener fin.

Lleno de valor y de audacia se puso a caminar en la sombra. De vez en cuando un murciélago le tocaba con su alas frías en las mejillas.

Como aquel túnel atravesaba muchos montes, estaba surcado por aguas subterráneas, de trecho en trecho, y el príncipe se hundía en un arroyuelo o to-





maba una ducha sin deseo alguno. Al fin, después de varios días de marcha, dio con la boca del túnel. Sus ojos, al ver la luz, se cerraron doloridos, pero su corazón empezó a latir de alegría como si fuese un pajarillo. Sin embargo, salió tan fatigado y tan consumido que no pudo gozar de la dicha; se dejó caer al pie de un árbol, comió algunas cosas de un morral que allí se encontraba y se durmió.



Durante el sueño llegó deslizándose una serpiente que quería subir al árbol para devorar las crías de un nido que había en lo alto. A pesar de lo silenciosas y cautelosas que son las serpientes, aquella pasó por encima de unas hojas secas que crugieron, y al ruido despertóse el príncipe, se dio cuenta de lo que iba a hacer la serpiente, agarró una piedra y la mató. Una vez pasado este incidente siguió durmiendo.

En ésto llegó volando el águila de la cual era el nido del árbol, y viendo a la serpiente recién muerta, pensó: ¿Quién la habrá matado? De fijo ha sido el hombre que duerme ahí abajo.

Y entonces, apoyándose en una rama, abrió sus magníficas alas y con ellas dio sombra al que dormía.

—¡Oh, qué sueño más delicioso! ¡Qué bien se duer-

me aquí!—exclamó el príncipe al despertarse poco después.

El águila batió sus alas, y dijo:

—¿Eres tú quien ha matado a la serpiente?

—Yo mismo.

—Díme, pues, qué recompensa quieres por el servicio que me has hecho.

—Ninguna otra recompesa que trasladarme a mi casa.

—Vamos ahora mismo; pero con ésta condición: al oirme gritar, dame en seguida un pedazo de carne.

Montó el príncipe en el águila y esta emprendió su vuelo. Yendo de camino lanzó un grito formidable y al punto el joven sacó de su morral un pedazo de carne y se lo puso en el pico. El ave carnívora engulló el trozo como si fuese aire. Al cabo de un rato volvió a gritar por segunda vez, y por segunda vez sacó el príncipe carne de su morral y aplacó el hambre de la bestia.

Ya se divisaba el palacio del príncipe en el horizonte cuando el águila dio su tercer grito. El príncipe fue a sacar un nuevo trozo de carne, pero se encontró sin nada.

—¿Qué hacer?— pensó el príncipe —El águila lo ha dicho terminantemente: «Vamos a tu casa; pero con esta condición: al





## El príncipe, el monstruo y la bella

oírme gritar, dame un pedazo de carne». Si no se lo doy dejará de volar o me dejará caer al suelo. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Una idea peregrina le cruzó por el magín y en seguida la puso en práctica. Abrió la navaja, se dio un tajo en la pantorrilla y le puso en el pico su propia carne sangrienta y caliente todavía.



El águila no la engulló; siguió volando con ella en el pico. Al bajar a tierra con su atrevido caballero, como le vio cojear, le dijo:

—¿Por qué cojeas?

—Cojeo porque he tajado mi pantorrilla para darte carne conforme a lo prometido. Tú me exigiste éso al empezar el viaje y yo no quise faltar a mi palabra.

El águila le devolvió el trozo de pantorrilla y no se sabe de qué misterioso modo se las arregló para que la pierna del príncipe quedase completamente restablecida. Después de ésto le dijo:

—Toma estas tres plumas, una roja, otra blanca y otra negra. Ellas constituyen el regalo más grande que me puedo permitir. Puede ser que algún día te sean muy útiles. Cuando te pongas entre los labios la pluma roja verás aparecer un caballo alado. Si te pones la blanca surgirá un palacio dotado de la palabra. Y si te pones la negra acudirán esclavos a tí, te lloverá la plata y no te faltará nada de lo que apetezcas.

El rey, mientras tanto, había encerrado a la Bella de la Tierra en una dependencia del palacio, mandando abrir un foso a su alrededor. Cuando estuvo hecho, hizo saber al pueblo que daría la mano de la Bella al que lograrse salvar de un salto el foso.

Acudieron todos los galanes del país. Ninguno pudo saltarlo. En ésto se presenta el príncipe, pone la pluma roja entre sus labios, se le convierte en caballo y salta en él. Una vez al otro lado del foso, se pone la pluma blanca y al instante la habitación de la Bella se convierte en palacio y se oye una voz que dice:

—¡Oh rey, éste es tu hijo, el cual fue dejado caer al pozo por sus criados!

En seguida el rey mandó hacer los preparativos de la boda y ordenó también que fuesen colgados los malos servidores, los cuales fueron substituídos en seguida por esclavos al ponerse el príncipe en la boca la pluma negra.





El

## Pato blanco

TODA la capital del reino del Anacabe, y, además de la capital, todas las ciudades de alguna importancia, todos los pueblos y todas las aldeas, o lo que es lo mismo, el país entero, estaba consternado.

¿Cuál era la causa de su tristeza? ¡Ahí es nada! Los reyes de Anacabe no tenían más que una hija, la princesa Risueña; y quién sabe por qué maldición de un hada, misteriosa enfermedad o triste destino, la princesa Risueña no se podía reír. Y lo que es peor, nadie podía mirarla sin entristecerse.

Inútilmente llamaron los reyes a consulta a todos los doctores. Sabios y academias, después de muchos cabildeos, vinieron a decir una sola cosa: que la Princesa no se reiría hasta que no hubiese algo o alguien que la hiciese reír. Sabios y academias siempre han de ser lo mismo.

Los heraldos del rey de Anacabe salieron a esparcir a los cuatro vientos la noticia de que el soberano señor de aquellas tierras otorgaría la mano de su hija única, y, por lo tanto, haría sucesor suyo en el trono, a quien tuviese arte o virtud para hacer a la princesa Risueña merecedora de tal nombre.

## Cuentos de Calleja

Unos cuantos que lo intentaron, al verla tan seriosa y compungida, olvidándose de los chistes, cabriolas y extravagancias que habían discurrido, se echaron a llorar como Magdalenas del sexo fuerte; con lo cual la corte se afligió más todavía, los reyes empezaron a perder la esperanza y la princesa continuó tan seria como si tal cosa.

Hubo padres que enseñaron a sus hijos la carrera de *clown*, en la esperanza de verlos tan graciosos un día que despertasen la risa de la princesa. Los periódicos abrieron concursos de chascarrillos, colmos y retruécanos; unos empleados palatinos los recortaban





por las noches con unas tijeras de oro, pegándolos después en hojas de pergamino para que al día siguiente, a la hora del desayuno, que es cuando las personas están de mejor humor, los leyese la princesa. ¡Que si quieres!

Ni la más leve sonrisa se dibujaba en los labios de la heredera del trono de Anacabe.

El asunto se iba poniendo feo, aunque la princesa, Risueña por mal nombre, era bonita por demás. En vano cada día los heraldos del rey, desde lo alto de las torres y por todas las encrucijadas, desgañitábanse repitiendo el pregón que tan dulce premio ofrecía.

Y he aquí que en una aldea miserable, pero no muy apartada de la capital, con tres casas de labor y un molino, un arroyuelo para las lavanderas y un puente hecho con dos trozos de árbol, vivía Juanillo, la criatura más lista del mundo, aunque no había visto de todo él más que su valle, su río y su puente, sus casas de labor y su molino harinero.

Había en el pueblo tan poca faena que Juanillo no hacía nada en todo el día; tanto, que llegó a aburrirse y para matar el aburrimiento se dedicó a oír crecer la hierba. Tales progresos hizo en esa difícil asignatura, que pronto fue la maravilla de la comarca en diez leguas a la redonda. La gente le tomó por ejemplo de listeza, y no pasaba día sin que, para elogiar a alguno, se oyese decir:

—¿Ése? Es casi tan listo como Juanillo, que oye crecer la hierba.

Un día estaba el muchacho en un maiza, haciendo observaciones sobre el ruido distinto que hacen al crecer las panochas y las manzanas, cuando acertó a pasar una vieja por el sendero junto al cual estaba sentado.

—Si tú quisieras, Juanillo—le empezó a decir—, el reino sería tuyo.



—¡Ya lo creo que querría! Dime qué se ha de hacer para ello.

—Es muy fácil: ¿Ves aquellos patos que nadan en el arroyo, junto a la presa? ¿Ves aquel pato blanco, más grande, que huye en cuanto se le acerca una persona? Pues si logras apoderarte de él, ya has hecho tu suerte.

—¿Qué tiene de particular ese pato?

—Verás. Cuando lo hayas cogido y lo tengas debájo del brazo, todo el que lo vea sentirá un deseo irresistible de acariciarle. Tú consentirás que le tiren de las plumas de la cola para arrancársela; pero así que



## El pato blanco

alguien le toque, no tienes más que decir: ¡Patito, ten firme! y no podrá soltarse mientras tú no se lo permitas.

Juanillo era tan listo que no hubo necesidad de decirle dos veces lo que había de hacer. Se fue al arroyo cerca de la presa, donde nadaban los patos, con una hogaza para atraerlos, y empezó a echarles pan. Todos acudían menos el maravilloso pato blanco. Al fin los otros se hartaron de pan y se alejaron de Juanillo, zambulléndose en el agua y sacudiéndose después las plumas, como suelen hacer los de su especie cuando están satisfechos. Esto es lo que Juanillo quería. Comprendió a la primera ojeada que aquel pato era bastante orgulloso y que nunca se acercaría con los demás; pero así que los vio lejos, se aproximó a la orilla para que Juanillo le echase a él solo los abundantes restos de la hogaza.

Juanillo le dio de comer en su mano, para no inspirarle temor, y cuando más confiado le tenía, ¡zas!, le echó mano al pescuezo, le sacó aleteando del agua y se lo puso debajo del brazo, para tenerlo bien seguro. De esta guisa echó a correr por la orilla del río.

El molinero fue la primera persona que le vio. Acercándose a ver qué llevaba, apenas reparó en el pato sintió grandísimos deseos de acariciarle.

—¡Qué pato más hermoso!—exclamó, como si nunca lo hubiese visto— ¡Con qué gusto le arrancaré una pluma de la cola para guardarla!.

—Pues tira de la que más te guste—respondió Juanillo, fiel a las instrucciones de la vieja. Y cuando vio que la mano del molinero tocaba a la pluma, gritó:

—¡Patito, ten firme!.

Apenas lo dijo, el molinero sintió que la mano se le pegaba de tal modo a la cola del pato que no se podía soltar, por más esfuerzos que hiciera. ¡Había que ver sus gestos, visajes y cabriolas! Pero Juanillo

## Cuentos de Calleja

había echado a correr sin soltar el pato, y allá iba detrás el molinero, todo blanco de harina.

Al cruzar la plaza del pueblo, venía en dirección contraria Pancho, el deshollinador, todo negro de hollín. Ver al pato y entrar en deseos de acariciarlo, todo fue uno; pero como los otros corrían de veras, echó a correr detrás, cogió al molinero por la mano



que tenía libre y del tirón que le dio a poco arrancan la pluma.

Pero ya Juanillo, al darse cuenta de lo que pasaba, había gritado: —¡Patito, ten firme!—, y la fuerza del encantamiento, pasando a través del hombre blanco se comunicó al hombre negro, que salió arrastrado sin poder soltarse ya, dando zapatetas en el aire como un pelele.



## El pato blanco

Cruzaron el bosque, y el guarda del señor duque, viéndolos pasar ante sus narices, se sintió acometido por los mismos deseos, cogió de la mano al deshollinador y al oírse el: — ¡Pato, ten firme! — que lanzó Juan en el momento oportuno, salió también enganchado como un eslabón más de aquella cadena humana.

En el pueblo próximo, el alcalde en persona fue quien quiso detenerlos y sufrió la misma suerte; le vio la alcaldesa, creyó que se iba a correr la broma y tiró con toda su fuerza de la mano libre, con lo cual también ella se vio arrebatada; y a continuación un sacristán y un hombre-orquesta, y un titiritero y una maritornes entraron en danza. Juanillo, agarrando fuertemente el pato, tiraba de todos, como una locomotora que arrastrase la más rara y nunca vista colección de vagones de todas formas y tamaños.

A toda velocidad entró Juanillo por las calles de la capital. Los vecinos salían a los balcones para ver la extraña procesión; tanto fue el alboroto que los guardias se acuartelaron, temiendo que ocurriese un tumulto.

Cuando llegaron al Palacio Real, la caravana, aumentada ya por muchos curiosos incautos de la población, iba dando gritos y haciendo tan extrañas contorsiones que cuando los reyes y la princesa se asomaron a ver lo que ocurría, la princesa Risueña se vio acometida por tal pasión de risa que tres damas de honor no eran bastantes a sujetarla. Después de lo cual se quedó tan encantada y sonriente que parecía otra.

Los reyes **no** cabían en sí de gozo. Viendo reír a su hija, después de tantos años de melancólica seriedad, el corazón se les saltaba del pecho. Llamaron inmediatamente a Juanillo, y el muchacho dio suelta a los cautivos, para subir, siempre con el pato **blanco** bien sujeto, hasta el salón del trono.

## Cuentos de Calleja

—¿Sabes—le dijo el rey—que tu entrada en la capital ha hecho reír a la princesa?

—Señor, lo sé—contestó Juanillo,

—¿Y sabes lo que estaba prometido al que consiguiese hacerla reír?



—Sé que le estaba prometida su mano, y por ella vengo.

No le agradaba al rey para yerno un campesino de modales toscos, por listo que fuese. Así que le propuso una compensación:

—Como a tí no te importará mucho casarte o de-



jarte de casar, si renuncias a la princesa Risueña te daré como premio la mejor provincia de mi reino. Si no, tendremos que pensarlo algún tiempo y ver si a la princesa le agrada ser tu esposa.

Juanillo comprendió que el asunto empezaba a torcerse, y en seguida discurrió un modo de arreglarlo. Fingiendo que cedía, empezó a decir:

—Yo, señor, de ningún modo querría contrariar a la princesa. Me basta saber que se ha reído, y no aspiro a más recompensa que a saludarla un instante.

Cayeron en el garlito los reyes.

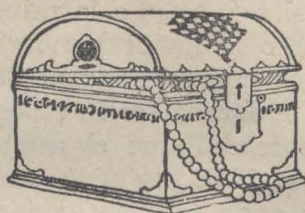
Mandaron venir a la princesa, y, apenas entró en la sala del trono, Risueña se fijó en el pato.

—¡Qué hermoso pato!—dijo— Con gusto le arrancaré de la cola una pluma para guardarla siempre.

—Tire de la que más le guste—propuso Juanillo, y en cuanto la princesa alargó la mano, gritó:—¡Patio, ten firme!— y echó a correr, llevándose a la princesa, que no podía soltar la cola del pato.

El rey, la reina, los cortesanos, los alabarderos, sumilleros, ujieres, porteros y centinelas, se precipitaron detrás, y pronto una nueva caravana, más lujosa y divertida que la anterior, empezó a recorrer la capital en sentido inverso. Juanillo no cedía; para que se aviniese a soltarlos, hubo de prometerle el rey, a gritos, oyéndole todos, que le daría la mano de la princesa. Y como un rey nunca puede volverse atrás de su palabra, en la iglesia más próxima se celebró el casamiento.

La princesa Risueña y el príncipe Juanillo fueron felices muchos años. Al pato blanco se le declaró monumento nacional. En cuanto a la viejecita, por más que hizo Juan, nunca pudo encontrarla de nuevo. Un sabio de larga barba blanca le dijo un día que aquella vieja sería, sin duda, su buena suerte. Con una vez que se acerque a un hombre, basta para hacerle dichosa la vida.



## EL DEPÓSITO

UN buen musulmán, viendo pasar su juventud entre los halagos de la fortuna, sintióse impulsado por un movimiento de gratitud hacia el Ser Supremo, que de tal modo le colmaba de favores, y resolvió ir en peregrinación a la Meca.

Para ir como un pobre, desprovisto de todo caudal, interrumpió sus negocios, redujo a metálico las existencias de su tráfico y juntando con el dinero todas sus alhajas y objetos preciosos, fue a casa de su mejor amigo para rogarle que se hiciera depositario del tesoro hasta su vuelta. Por que así viviría en pobreza voluntaria todo el tiempo que durase la peregrinación, y a su regreso podría dedicarse nuevamente al tráfico que le había hecho medrar y que era grato a los ojos de Dios, puesto que había prosperado.

No consintió de ninguna manera el amigo en hacerse cargo del depósito.

—Yo te lo guardaría con el mayor gusto—le dijo—; pero ¿y si entretanto muero, o se me quema la casa, o me asaltan ladrones y se apoderan de lo tuyo y de lo mío? Más vale que acudas al cadí. Su autoridad y el respeto público de que está rodeado son las garantías mejores.

Parecióle bien la idea al musulmán, y determinó



## El depósito

confiar sus tesoros al magistrado. Encerró el dinero y las alhajas en primorosas arquillas, reduciendo su tamaño todo lo posible para que no ocuparan mucho sitio y se encaminó hacia el lugar en que el cadí daba audiencia.

Poco antes de llegar a presencia suya le salió al encuentro un mendigo.

— Dame — le suplicó — algo con que saciar mi hambre. Tres días llevo sin comer.

Extrañáronle al musulmán el aspecto noble y los distinguidos ademanes del que le pedía limosna. Sos-



pechando una profunda desgracia, le rogó que le contase sus penas, y el mendigo, después de vacilar un poco, habló así:

—Yo era hasta hace tres días un hombre poderoso. Nuestro califa Harum-al-Raschid, ¡Alah le tenga de su mano! me había hecho tesorero suyo. Siempre cumplí fielmente con mi deber y jamás hubo el más leve desorden en los bienes confiados a mi custodia. Pero un día, al hacer el arqueo, observé con espanto que había desaparecido un saco de tomanes de oro; vigilé cuidadosamente, después de reponerlo sacrificando parte de mi hacienda, y nada pude conseguir. No pasaron muchos días sin que notase la falta de otros dos sacos, y también los repuse. Eran, sin embargo, los ladrones más diestros que mis vigilantes, porque siguieron llevándose sacos de oro, a tal extremo que, vendidas mis propiedades, ni un dinar me ha quedado. Temeroso de que el Califa me echara la culpa si se advertían nuevas faltas, solicité una licencia, entregué a mi sustituto el tesoro, y, como no tenía recursos, me eché a pedir limosna por las calles apartadas.

Conmovióse el buen musulmán al oír el relato, pensó cuán provechoso para su alma sería dar comienzo a su piadoso viaje con una buena acción, y, tomando una arquilla repleta de oro, se la entregó al pordiosero diciéndole:

—Toma y socórrete. Yo, en tu lugar, confesaría cuanto pasa a nuestro Califa Harum-al-Raschid, ¡Alah le prospere!, y su nunca igualada sabiduría no dejará de encontrar remedio.

Separáronse con estas palabras, sin que la sorpresa y el agradecimiento dejaran al mendigo otra expresión que el llanto de sus ojos, y nuestro musulmán siguió andando hasta el tribunal del cadí.

—Me llamo Ahmet—le dijo—y he resuelto salir en peregrinación a la Meca; mientras dure mi viaje,



## El depósito

quiero desprenderme de las riquezas que, por gracia de Alah, me han sido concedidas. Hay en estas arcas tanto en alhajas de oro, plata y piedras preciosas y tanto en dinero contante. Y deseo que nuestro venerado cadí se haga cargo de ello y lo custodie hasta que, al volver de la Meca, me presente a reclamarlo.

—Está bien—contestó el cadí—, acepto el depósito. Toma esta llave, abre aquel cuarto de la izquierda y coloca en él tu tesoro, cerrando después. Yo conservaré la llave

Hizo Ahmet lo que el magistrado le ordenaba, y, al entregarle la llave, no se olvidó de expresar el agradecimiento que le henchía el corazón.

Libre ya de todo cuidado con respecto a su hacienda y llevándose lo indispensable para el camino, emprendió el viaje a la ciudad de los creyentes.

La abstinencia y la oración eran sus únicas compañeras. Cuando vio desde lejos la cúpula bajo la cual descansaba el cuerpo del Profeta, se sintió transportado de gozo. No se detuvo en la ciudad santa más que el tiempo necesario para cumplir el voto que a ella le llevó. Una vez cumplido, en igual pobreza y abstinencia, emprendió su viaje de regreso.

Llegado a su ciudad y abierta la casa que dejó cerrada, fue a presentarse ante el cadí en demanda de las riquezas que dejó en depósito. Era el cadí hombre codicioso y astuto; proponíase apropiarse los tesoros que se le habían confiado, y por toda contestación dijo al piadoso Ahmet:

—No te conozco....Muchos depósitos hay aquí. ¿Cómo voy a saber si hay algo tuyo?

—Creí que la palabra del cadí sería resguardo bastante.

—Las palabras que no están escritas el viento se las lleva.

De nada le valió su insistencia al buen musulmán. Triste y desposeído de lo suyo volvía a su casa, cuando

un palanquín llevado por cuatro robustos negros escoltado por unos guardias, que avanzaban en sentido contrario, le obligó a arrimarse a la pared.

Cuando el personaje que iba dentro del palanquín



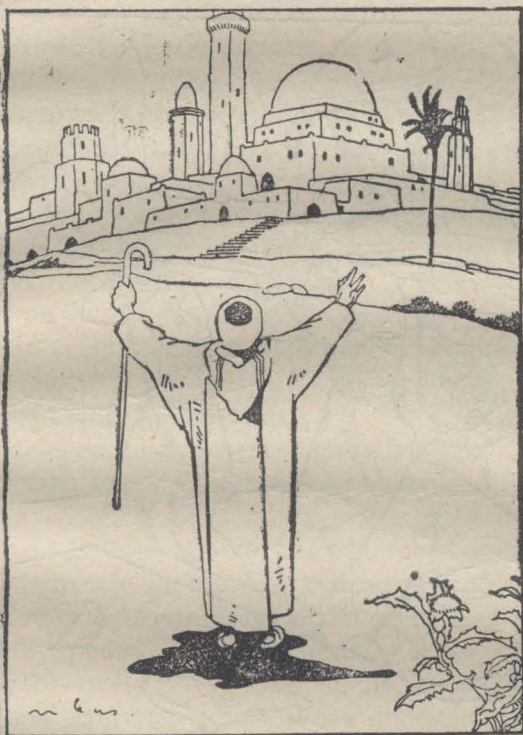
llegó a verle, lanzó una exclamación y dio orden a los negros de que se pararan. Ahmet reconoció en aquel hombre al tesorero del califa; pero ya no iba con harapos de pordiosero, sino magníficamente vestido.



## El depósito

Mandóle subir el personaje, y, cuando Ahmet se acomodó a su lado, le habló de ésta manera.

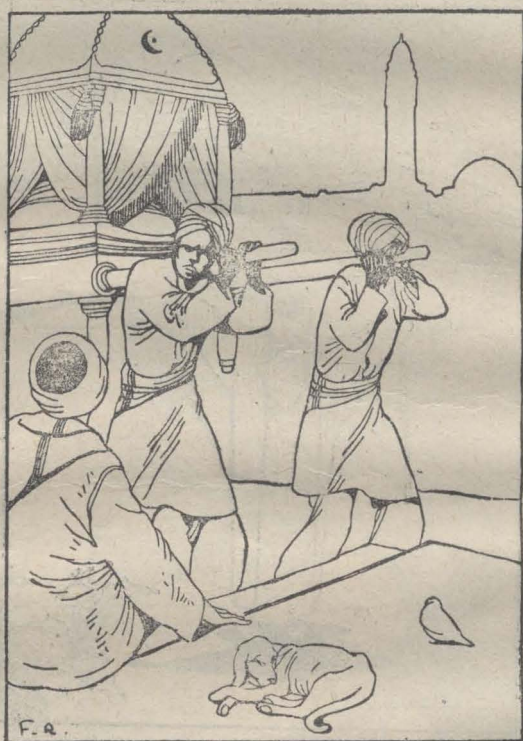
—Sabrás, oh piadoso Ahmet, que tu socorro y tu consejo han sido el principio de mi fortuna. Volví a mi casa, pedí audiencia al califa, le referí puntualmente lo ocurrido, y apelé a su clemencia y a su sabi-



duría. Estaba yo de rodillas ante él, ¡así Alah le prospere!, y, echándome los brazos al cuello, me mandó que me levantara y me dijo: Quise poner a prueba tu fidelidad; por orden mía fueron sustraídos del tesoro los sacos repuestos por tí, a costa de tu fortuna entera. Nada has perdido con ello. Hoy recobrarás

## Cuentos de Calleja

lo tuyo, justamente aumentado. Y desde este momento ocuparás el puesto que ha dejado vacante el difunto visir. Tu lealtad y tu inteligencia te hacen merecedor de tan elevada categoría. Esto me dijo nuestro Califa Harum-al-Raschid, ¡Alah le gúarde!, y desde entonces soy su visir. Cuéntame ahora lo que te ocurre y



díme por qué te muestras, al parecer, tan desconsolado.

Ahmet dio cuenta al visir de su desgracia.

—Nada temas—le aconsejó éste—. Vuelve a tu casa, y mañana a esta misma hora preséntate de nuevo a reclamar tu depósito, como si nada hubiese ocurrido.



Antes de la hora convenida, presentóse al día siguiente el visir en persona ante el tribunal del cadí. Recibióle éste con grandes zalemas, dándole la bienvenida, y, llamándole aparte el visir, le comunicó una extraña nueva.

—Ayer, cuando acabó el Consejo—empezó a decirle—, me retuvo a su lado el Califa, ¡así Alah le prospere!, y me comunicó su propósito de emprender el año próximo su peregrinación a la Meca; yo he de acompañarle con todos los dignatarios de la corte. Mientras dura nuestro viaje, quiere hallar una persona de confianza absoluta a quien puedan encomendarse todos los asuntos del reino, el más poderoso de la tierra. Como me consultara acerca de la designación, yo le indiqué tu nombre: conozco tu probidad, tu vida virtuosa y honrada, y espero que, en tus manos, el poder no se volverá abusivo ni la codicia te moverá a suscitar rebeldías para retenerlo injustamente....Mi parecer fue de su agrado, y sin duda lo expondrá en un Consejo que va a reunir.

Llenóse el cadí de alegría al escuchar tales palabras; y cuando iba a deshacerse en expresiones de gratitud, la puerta se abrió para dar paso a Ahmet, el cual, después de la correspondiente zalema, como si nada hubiera ocurrido el día anterior, dijo que volvía de la Meca y solicitó que se le devolviera el depósito.

El cadí apenas le dejó acabar.

—Cierto—exclamó—. Esta noche, en sueños, lo he recordado; aquí tienes la llave y en ese cuarto de la izquierda encontrarás tu tesoro.

Allí estaban en efecto, intactos aún, los bienes de Ahmet encomendados a la custodia del cadí. Llévoselos Ahmet y, cuando se hubo retirado, el visir se despidió igualmente.

Pasaron días y días. El cadí no recibía encargo ninguno, ni se hablaba de que Harum-al-Raschid tratara de emprender su peregrinación a la Meca.

## Cuentos de Calleja

Impaciente el magistrado, se decidió a solicitar audiencia del visir. A sus preguntas, contestó éste, con una sonrisa:

—Lo he pensado mejor, cadí. Si para que soltaras el depósito que te confiara Ahmet fue necesario ofrecerte el poder absoluto en todo el reino, cuando tuvieras ese poder ¿qué tendríamos que ofrecerte para que lo soltaras?

El cadí conoció entonces que se había valido de un subterfugio para obligarle a restituir el depósito; y comprendió que, si no se corregía, su cargo estaba en el aire. Desde entonces hizo justicia a todos.





## EL CALIFA CIGÜEÑA

**M**ANSOR, gran visir del califa Chasid de Bagdad, entró meditabundo en palacio cuando el califa se despertaba de la siesta, hora siempre de buen humor.

—¿Por qué traes esa cara tan meditabunda?— preguntó el califa.

El gran visir dijo:

—Señor, abajo en la puerta hay un mercader con tanta cosa bonita, que me fastidia no tener dinero sobrante para hacerle compras.

—¡Que suba!—ordenó el sultán a un esclavo.

El mercader llevaba en su arqueta: anillos, perlas, vasos, peines, pistolas, y un sin fin de monerías. El califa compró unas pistolas para él y para Mansor, y un collar para la esposa de éste. Cuando el mercader iba a cerrar su arqueta notó el califa cierto cajoncito no revisado y preguntó si guardaba dentro algo interesante. El hombre lo abrió y sacó de él una pequeña caja de polvos negruzcos y un papel escrito en caracteres extraños. El califa, amigo de los manuscritos raros, lo compró para su biblioteca; despidió al mercader e inmediatamente mandó en busca de Selim el Sabio. Selim fue traído a presencia del califa, contempló largo tiempo el escrito, y luego tradujo así: «Quien sorba por la nariz polvo de éste y diga al mismo tiempo: *Mutabor*, puede adquirir forma de animal y

comprender el lenguaje de los animales. Si quisiera luego volver a su apariencia primera debe inclinarse tres veces mirando a Oriente y repetir aquella palabra. ¡Cuidate mucho si te transformas, de ño reir; porque si ríes olvidarás la palabra mágica y no saldrás de la forma animal! La lectura inundó de júbilo al califa. Despidió a Selin después de hacerle un regalo, y cuando estuvo a solas con el gran visir dijo:

—¡Esto, amigo, se llama una buena compra! Ven mañana temprano. Iremos al campo, y podremos oír lo que se habla en el agua, en el aire, en la selva y en los campos.

A la mañana siguiente, cogieron la cajita de los polvos y salieron al campo. Caminando impacientes llegaron a un pequeño lago, en cuya orilla se desayunaba con ranas una cigüeña.

Otra se acercaba volando con gran ruido.

—Apuesto mi barba, señor—dijo el gran visir—, a que van a sostener charla mañanera. ¿Qué tal, si nos hiciéramos cigüeñas?

—Muy bien—respondió el califa.

Y sacando la polvera, sorbieron, pronunciaron el *Mutabor* y hete aquí que sus piernas se adelgazan y se ponen rojas, sus babuchas amarillas se convierten en pies de cigüeñas, de sus brazos salen alas, sus cuellos se estiran como mangas de riego y todo el cuerpo se les cubre de plumaje.

—Señor gran visir, buenas narices ha echado su señoría—dijo burlón el califa.

—Muchas gracias—contestó el gran visir y añadió burlescamente—: Le va tan bien a su alteza el nuevo traje, que casi está mejor que de Califa. Luego agregó—: Hay que acercarse a los pajarracos y ver si nosotros, efectivamente, podemos cigüeñear también.

Cuando se hallaron cerca oyeron:

—Buenos días, señora patas largas, ¿tan temprano en el prado?





—Buenos días, querida picotuda. Vine por el desayuno. ¿Queréis un cuarto de rana o un rabo de la-gartija?

—Gracias; no tengo apetito. Vengo al prado porque mi padre recibe hoy a sus invitados y como he de bailar quiero ensayarme en este sitio tranquilo.

Y diciendo esto la joven cigüeña comenzó los más extraordinarios y caprichosos contoneos con su figura; hasta el punto de que, sin poderlo evitar, ambos soltaron la risa. Y con la risa ya adivináis lo que pasó. Quisieron recordar la palabra mágica y les fue impo-

sible. Se inclinaron tres veces cara a Oriente y trataron de pronunciarla, pero no salían del *Mu, Mu, Mu*.

El califa y el gran visir quedaron hechos cigüeñas.

Con penosa melancolía vagaron por la campiña sin saber qué hacer. Al principio quisieron ir a la ciudad y contar lo pasado, pero ¿quién daría crédito a unas cigüeñas? Varios días se alimentaron de frutas, pero a costa de enormes esfuerzos, porque el largo pico dificultaba la operación. La única diversión la encontraron en el vuelo. Hacían sus excursiones a los tejados de Bagdad.

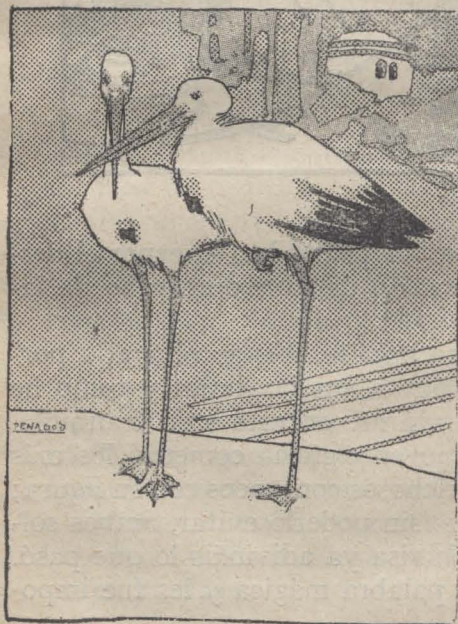
Un día notaron desde tan elevados sitios gran algazara y movimiento en las calles. Era el cortejo del nuevo Califa. Oyeron los gritos de «¡Viva Mizra, el señor de Bagdad!»

El califa, volviéndose a Mansor, le dijo:

—¿Comprendes ahora nuestro hechizamiento? Mizra es el hijo de mi enemigo a muerte, del gran mago Kachnur,

que, un día malo, juró vengarse de mí. Pero no hay que perder la esperanza. Ven, amigo. Iremos a la tumba del profeta en demanda de ayuda.

Y las dos cigüeñas levantaron el vuelo. Pero la poca costumbre de volar hizo que a las dos horas el gran visir pidiera encarecidamente reposo. El califa accedió. Cerca había unas rui-





## El califa cigüeña

nas y allí se encaminaron. Rondando por los salones derruídos, el gran visir fue sobrecogido de espanto.

—Señor, yo no soy asustadizo, no creo en fantasmas, pero he oído respirar y suspirar.

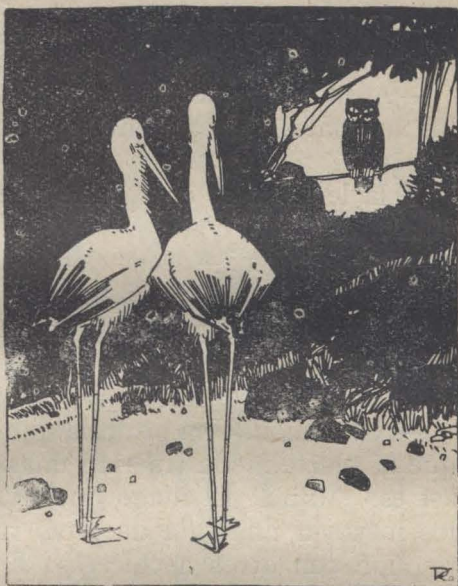
Escucharon. Los ruidos parecían más de persona que de animal.

—Hay que averiguar lo que es— dijo el califa.

Y viendo el poco ánimo del visir, se adelantó con firme paso. Llegó a una puerta, la empujó con el pico y en la obscuridad de aquella mazmorra vio que se trataba de una lechuza. Gruesos lagrimones derramaba la cuitada de sus grandes y redondos ojos; pero al ver al califa y a su acompañante, un inmenso júbilo la invadió. Enjugóse con las plumas del ala las lágrimas, y dijo:

—Bien venidos seáis; vosotros sois augurio liсонjero de mi salvación, pues un día me profetizaron que unas cigüeñas habían de traerme la felicidad.

El califa, contestó que desgraciadamente ellos nada podían, y relató su triste y conocida aventura. Cuando el califa acabó, la lechuza dijo también su historia. Era hija del rey de la India. El mismo mago que a ellos la echizó también, por haberse opuesto el rey a casarla con su hijo, con Mizra, el hoy califa de Bagdad.



—Valiéndose de una bebida, me trocó en lechuza y me trajo aquí, diciéndome:

—Aquí permanecerás, fea, despreciada hasta por los animales. Desde entonces han pasado muchos meses.

Y la lechuza se enjugó de nuevo las lágrimas con el ala.

—¿Qué hacer?—decía el califa emocionado por la narración—; nuestras desgracias tienen una relación estrecha. ¿Cómo y dónde hallaremos la clave del enigma?

La lechuza contestó:

—¡Oh, señor! Una profecía que oí de joven afirmaba que la suerte me la traerían unas cigüeñas, y creo que así es. ¡Mirad! El mago que nos echizó viene todos los meses a una sala de estas ruinas, donde celebra reunión con otros hechiceros. En ellas cuenta cada uno la escandalosa obra que hizo en el intervalo. Tal vez refieran la vuestra y el mago pronuncie la palabra de que se valió.

La lechuza convino en decir el día del próximo cónclave a condición de que uno de ellos la desposara luego.

Hubo entre el califa y Mansor, sus dudas y tanteos para ver quién pechaba con aquel incógnito, aviniéndose al fin el califa, que era de entrambos el soltero y joven; no sin que el pobre al acceder dejara caer pesadamente sus alas.

¡Qué júbilo el de la lechuza al saber que consentían! También lo fue el de ellos, cuando les dijo que aquella noche era la junta de los magos.

Y así fue. La lechuza los condujo por los pasillos y revueltas hasta un sitio desde el cual se veía por una tronera el salón donde se celebraba la junta. Era grande y lujoso, adornado con columnas y decorado ricamente. Lámparas de colores lo iluminaban. En medio del aposento, una mesa mostraba los más apeti-





tosos manjares. En un diván circular que la rodeaba había ocho hombres sentados. En uno de ellos reconocieron al mercader que les vendió los polvos. Su vecino, en aquel instante, le preguntó por la hazaña que hizo en el mes, y el mercader, entre otras cosas, contó la historia del califa y su visir.

—¿Y qué palabra le diste?—le interrogó otro mago.

—Una latina, bien difícil; *Mutabor*.

Las cigüeñas, locas de alegría, salieron precipitadamente. El califa, con profunda emoción, le dijo:

—Redentora de mi vida y de la vida de mi amigo,

tómame por marido, en agradecimiento a lo que has hecho.

En seguida, volviendo el rostro al Oriente, hizo tres inclinaciones y pronunció el *Mutabor*. En un dos por tres cayeron, amo y servidor, uno en los brazos del otro.

¿Quién narraría la sorpresa de ambos, cuando al mirar en torno hallaron en vez de la lechuza una hermosa mujer, ricamente vestida? Sonriente ella, dio la mano al califa.

—¿No reconocéis a vuestra lechuza?

El, sobrecogido por su belleza y arrogancia, repuso que era una dicha haber sido cigüeña.

Los tres volvieron a Bagdad. La vuelta del califa produjo gran sorpresa, pues se le creía muerto; pero se le acogió con inmensa alegría. Llegaron al palacio, donde prendieron a Mizra y a su brujo padre. A éste lo enviaron a la mazmorra de la lechuza y allí fue colgado. A Mizra le dieron a elegir entre la muerte o sorber polvos de la mágica polvera. Optó por lo segundo, sorbió y, convertido en cigüeña, fue recluso en una jaula del jardín.

El califa y la princesa llevaron una vida feliz, amenizada, de vez en cuando, por los recuerdos de sus pasadas aventuras.





## ALMANZOR EL EGÍPCIO

EN una expedición que hicieron los francos al Egipto apresaron a un chico de nombre Almanzor, hijo de un jefe del país. Al principio le retuvieron en el campamento con la promesa repetida de que pronto volvería a su casa; pero llegó la hora de retirada y se llevaron al pequeño musulmán. El embarque se hizo de noche, cuando Almanzor dormía, de modo que éste al despertarse vio con terror que se hallaba encerrado en un cuartito que se movía en todos sentidos. Lleno de temor y curiosidad subió a la cubierta y ante el espectáculo único del mar, sin tierra por costado alguno, sobrecogióle tal desesperación que, si no es por los soldados, se arroja al agua, pretendiendo ganar la costa a nado.

Después de unos días de navegación arribaron a la Franquistania, donde la presencia de Almanzor despertaba interés y curiosidad. Los soldados decían a la gente del pueblo que aquel era hijo del rey de Egipto, el cual lo enviaba para que se instruyese.

Siguieron su marcha tierra adentro hasta que llegaron a una gran ciudad, cabeza del reino. Entonces Almanzor fue conducido a casa de un doctor para que le aleccionase en los usos y costumbres del país. El pobre se vio despojado de sus vistosos trajes y

embutido en otros grises y estrechos. Se le prohibió decir *Salem Alaicum*, debiendo sustituirle por el de *Votre serviteur*, cosa que, cuando no cumplía, era castigada con un zurriagazo. Tampoco valía entre la nueva gente la reverencia suya consistente en cruzar los brazos en el pecho al tiempo de doblar el cuerpo; en cambio debía saludar quitándose una gorra peluda que le entregaron. En fin, le negaron hasta el derecho a sentarse sobre las piernas cruzadas, debiendo hacerlo en altas sillas y, lo que fue más doloroso aún: comer con unos instrumentos que se llaman cuchara y tenedor. Nada, nada que oliera a musulmán; pensar, hablar y escribir en la lengua del reino era su deber, siendo la única concesión que le hacían el permitirle soñar con la suya.

De seguro la hubiera olvidado si el acaso no le pone en relación con un hombre que le fue sumamente útil. Era un viejo muy curioso, tenido por sabio, conocedor de muchos idiomas, con la enseñanza de los cuales se ganaba la vida holgadamente. A casa de este hombre iba una vez a la semana, invitado, y allí sentíase como en la propia casa, porque el viejo le permitía vestirse de árabe y hablar con él en su lengua. Le regalaba con sorbetes orientales y le sentaba en cojines. Al viejo le convenían estas visitas porque así ejercitaba el idioma, que iba olvidando. Y el chico estaba loco de alegría, pues además de los buenos ratos transcurridos en aquella casa obtenía regalos en tela y en metálico.

Así vivió unos cuantos años, Almanzor, hasta la edad de los quince.

Por este tiempo los francos elegían rey al mariscal que Almanzor conoció en Egipto. El muchacho sabía de esta elección por los festejos que se hacían, pero ignoraba el nombre del que iba a ser rey, y nunca sospechó que pudiera ser su amigo.

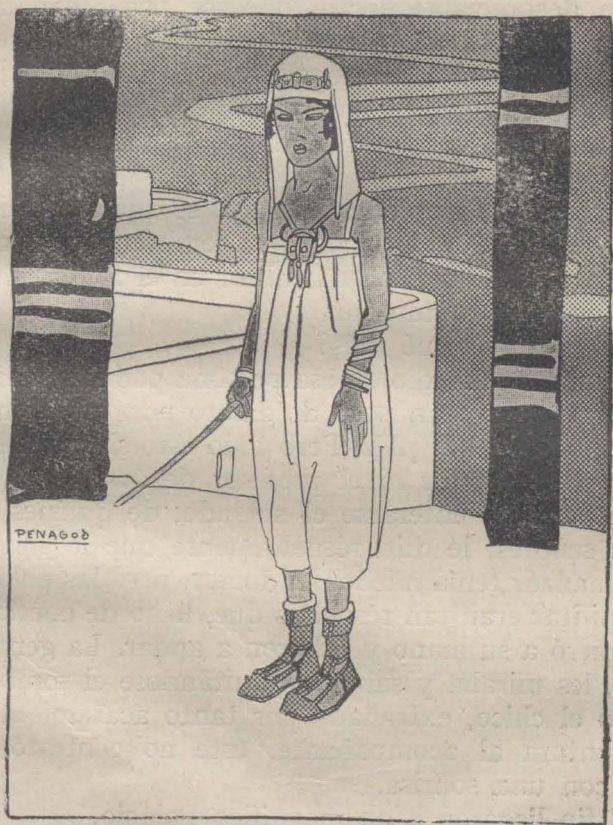
Un día volviendo del mercado, de compras para el



doctor, pesados, pensando siempre en su país y en lo agradable que fueron los años en su casa, fue a pasar por un puente, donde vio a un militar que, apoyado en la barandilla, miraba absorto la corriente del río. Creyó que la cara le era conocida y recordando llegó a descubrir que aquel militar era el jefe de las tropas que invadieron su país, y con quien tantas veces había hablado. No conocía bien su nombre; se fue a él con el corazón oprimido y le saludó como otros días:

—¡Salem Alaicum! ¡Petit-Caporal!

—¿Cómo, eres tú, Almanzor?— exclamó el militar—



¿Qué haces aquí? ¿Y tu padre? ¿Cómo le va en Egipto? ¿Qué es lo que te trae aquí?

Almanzor no pudo contenerse, y medio llorando dijo:

—¿Es que no sabes lo que han hecho conmigo tus perros soldados, Petit-Caporal? ¿Ignoras que no veo mi tierra desde hace muchos años?

El militar, frunciendo el entrecejo dijo:

—¿Es posible? No, no creo que te arrastraran consigo.

—Sin duda alguna—dijo el muchacho—. Me trajeron; y aquí, un comandante me entregó en manos de un despreciable doctor que me pega y mata de hambre, a pesar de que le pagan bien para que me instruya. Vengo a ser su criado. ¡Petit-Caporal; qué contento estoy de hallarte; porque tú me ayudarás!

El militar le preguntó sonriendo cómo podría ayudarle.

—Mira—exclamó el chico—, ya sé que tú no tienes poder, tu traje no es rico, ni tu sombrero, pero conocerás a alguien que pueda influir en el Sultán nuevo que fue soldado también.

—Bueno, y ¿qué más?

—Pues, por medio de esa persona podrías pedir mi libertad y luego un poco de dinero para poder hacer el viaje de vuelta. ¡Ah! Pero todo esto sin que se enteren ni el doctor ni el profesor de árabe.

Después de enterarse el soldado, de quiénes eran estos señores, le dijo resueltamente que le siguiera.

Almanzor tenía miedo del doctor, pero las palabras del militar eran tan resueltas que, lleno de confianza, se agarró a su mano y echaron a andar. La gente, al paso, les miraba y saludaba quitándose el sombrero. Como el chico, extrañado por tanto acatamiento, le preguntara al acompañante, éste no contestó más que con una sonrisa.

Al fin llegaron a un magnífico Palacio.





—¿Vives tú aquí, Petit-Caporal?

—Aquí vivo yo, y ahora voy a conducirte ante mi señora.

—¡Qué bien vives; seguramente el sultán te da casa gratis.

—Tienes razón; esta casa es del emperador, a él se la debo.

Entraron en el palacio y llegaron a la sala donde estaba la señora del acompañante, la cual, después de hablar en una lengua extraña con su marido, le estuvo haciendo preguntas sobre su país.

A poco, el militar le dijo:

—Ahora vamos a entrar al salón del emperador. El pobre chico, todo tembloroso, exclamó:

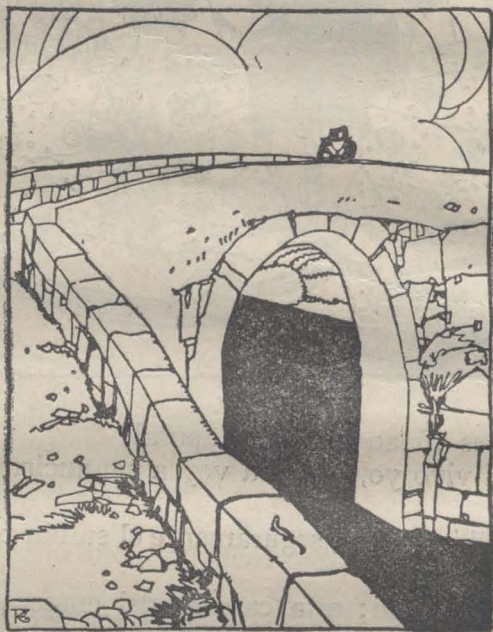
—Allah socorre a los desvalidos en los trances difíciles. Dime, Petit-Caporal, ¿he de besar el suelo?

## Cuentos de Calleja

¿qué debo hacer? ¿Tiene grandes barbas, ojos de fuego? ¿Es majestuosa su figura?

—Tú mismo lo vas a reconocer sin que yo lo describa. Advierte sólo una cosa: aquel que, en el salón donde todos por respeto están sin sombrero, tenga el suyo puesto, ese es.

Le agarró de la mano y fueron hacia el salón. ¡Era



de ver cómo le temblaban las piernas y le ahogaba el corazón al pobre chico! Un criado les abrió las puertas y se encontraron en un círculo de más de treinta señores, ataviados con lujosos uniformes, cruces y bandas. Todos estaban descubiertos y Almanzor buscaba en vano al que no debía estarlo. Convencido de que no estaría allí, iba a dirigirse a su amigo, cuando vio que éste tenía el sombrero puesto.



## Almanzor el egípcio

El infeliz se quedó hecho una pieza, con los ojos sin pestañear, hasta que exclamó, quitándose el sombrero:

—¡Salem Alaicum, Petit-Caporal! Yo estoy seguro de no ser el sultán de los francos y, por consiguiente no tengo derecho a quedar con la montera puesta; no quedando nadie con sombrero si no tú, ¿eres tú el Emperador, Petit-Caporal?



—Tú lo has acertado, y además soy tu amigo. Confía, pronto volverás embarcado a tu país. Entre tanto vé a donde está mi mujer y háblale del doctor y del profesor de árabe y de todo lo que sepas. Permanecerás en mi casa hasta tu partida y el canasto de legumbres lo mandaré yo al doctor.

Almanzor cayó de rodillas implorando perdón por no haberle reconocido.

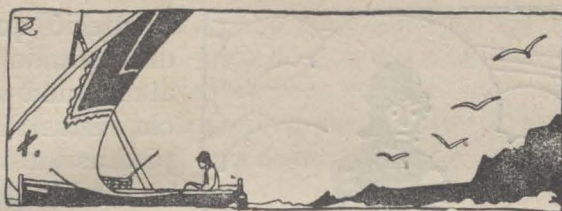
## Cuentos de Calleja

—Eso es natural,—contestó el Emperador sonriendo—. Cuando sólo desde pocos días antes se es emperador no lo lleva uno escrito en la frente.

Desde aquel día vivió feliz. El profesor de árabe, mediante permiso extraordinario, le visitó alguna vez, y un día le fue comunicado que pronto salía un barco para Egipto, en el que podría embarcar.

Lleno de alegría y de regalos, embarcó: pero su vida le reservaba duros trances todavía. Los ingleses que estaban en guerra con los francos apresaron el buque medio deshecho por los cañonazos. Se salvó en un bote; pero éste vino a dar en manos de unos corsarios que lo llevaron a la Argelia, donde estuvo cinco años. A la muerte de su señor lo vendieron y fue llevado a un puerto donde tuvo, al fin, la fortuna de ser vendido a su propio padre.





## LA CUEVA DE STEENFOLL

EN una isleta roqueña de Escocia vivían dos pescadores muy dichosos, libres de toda preocupación, pues sobre no estar casados ganaban mucho dinero. Ganaban está mal dicho; lo justo es hablar en singular, puesto que el negociante y activo era uno solo de ellos: Guillermo. El otro se llamaba Gaspar y era gordo y perezoso, por lo cual tenía a cargo suyo remendar las redes, el cocinear y vender en casa; trabajos todos de poco movimiento. Guillermo traficaba en la calle y como era bastante codicioso, cada día inventaba algo para ganar más. La gente no le estimaba por su simpatía precisamente, sino por su seriedad en los negocios, por la buena calidad de los géneros que expendía.

Pero a este hombre le escarabajaba algo en el alma. Conocedor de que por el camino recto del trabajo constante no se levanta una montaña de oro rápidamente, acariciaba el presentimiento vulgar de que una suerte misteriosa cerníase sobre su cabeza.

Este presentimiento comenzó a embargarle hasta el extremo, y su antigua exactitud en el trabajo se debilitó. Le atraían los parajes solitarios y especialmente el mar. Un espíritu (creía él) iba a soplarle el secreto de un tesoro escondido.

Si algo le faltaba para confirmarle en su esperanza,



aconteció que un día, estando junto al mar, una pesada ola arrastró con piedras y escorias, una bolita de oro; de legítimo y palpable oro.

Aquel hallazgo despertó la sospecha de que algún barco cargado de este metal, se hubiese hundido cerca de allí.

La idea le quitaba el sueño y al mismo tiempo le

distrayó de sus asuntos con lo que fueron viniendo a menos. Gaspar no se quejaba, sin embargo. Tenía una absoluta fe en el talento comercial o industrial de su compañero y aguardaba el parto feliz de sus cavilaciones.

Entretanto, Guillermo, buceaba en la costa, fabricaba redes especiales e investigaba de mil modos. Un día, la marea fuerte le empujó hacia un lugar llamado La Cueva de Steenfoll. Metióse en ella luchando con el temporal, y rendido sentóse en un picacho. Absorto y sordo por el ruido del agua en aquellas concavidades púsose a pensar en el barco de siempre y se quedó dormido. Al despertar oyó, que desde lo profundo del agua decían la palabra: *Carmilán*. “¿Qué es esto? Este es el nombre oído en sueños por mí.” La voz se oyó de nuevo y él, temeroso, huyó a su choza.

Otro día estaba Guillermo pensativo delante de la cueva, cuando vio llegar un bote con una figura hu-



## La cueva de Steenfolli

mana. El bote navegaba solo, sin que los remos le impelieran. Poco a poco llegó junto a su barca y pudo distinguir a un hombrecillo, liado en un manto pajizo, tocado con un gorro de dormir rojo, los ojos cerrados e inmóvil como un cadáver.

Después de mucho tiempo abrió los ojos y preguntó dónde estaba.

Guillermo le dijo el nombre de la isla, y le preguntó quién era y qué quería.

—Vengo en busca del *Carmilán*.

—¿El *Carmilán*? En el nombre de Dios, ¿qué es eso?

—Yo no puedo responder cuando se me pregunta de ese modo—dijo el hombrecillo con visible temor.

—Bueno, ¿qué cosa es el *Carmilán*?

—El *Carmilán* fue un barco que llevaba oro y se hundió.

—¿Dónde y cuándo?

—Hace un siglo ya. El sitio no lo sé con exactitud. Yo vengo a descubrirlo y a pescar el oro. ¿Quieres ayudarme y, luego, partimos el hallazgo?

—Conforme: Dime lo que tengo que hacer.

—Lo que has de hacer requiere valor. Has de ir, a media noche, al sitio más solitario de la comarca, acompañado de





una ternera, matarla allí y hacer que un acompañante te envuelva en el cuero fresco. Te dejará solo tu compañero y antes de la una sabrás donde está *El Carmilán*.

—¡Tú eres el espíritu malo! No quiero nada contigo. ¡Vete! Así se condenó en cuerpo y alma el viejo Engerol. ¡Vete!

Pasó aquel episodio y Guillermo siguió animoso en la pesquisa, buscando en los sitios más recónditos sin hallar nada y descuidando totalmente su honesto trabajo. Así llegaron él y su amigo a la mayor penuria. Vino el hambre y la tristeza y el no dormir y soñar con el barco y, a la postre, una especie de locura que le indujo a ejecutar lo aconsejado por el hombrecillo, aun sabiendo que se entregaba a los poderes infernales.

Consultó primero con Gaspar, el cual no quería, pero accedió al fin y una noche tenebrosa del mes de octubre salieron los dos llevando, de la cuerda, la ternera. El cielo se fue encapotando, empezó el viento y, al llegar al sitio designado, la tormenta se desató furiosa.

Gaspar tenía sobrecogido el ánimo. Sentía que algo funesto se avecinaba.

—¡Sálvate y salva la ternera!—gritaba—Salva tu cuerpo y tu alma.



## La cueva de Steenfoll

Pero Guillermo, sordo a todo, cogió el hacha y la mató.

—¡No podemos morir de hambre!—fue lo único que dijo.

Una vez muerta la res pusiéronse a despellejarla. Durante todo este tiempo rugía la tormenta furiosamente y el agua inundaba el paraje hondo en que se encontraban.



Cuando el animal fue despellejado, Guillermo se relió la piel y Gaspar le ató y le puso en lo alto de una peña para evitar que las aguas le ahogasen.

Entonces dijo Gaspar:

—¿Puedo hacer algo más por tí, Guillermo?

—Nada más.

—¡Que Diós te proteja!

Estas fueron las últimas palabras que oyó Guillermo, pues Gaspar se hundió en la obscuridad y un desencadenado viento, y un flagelante turbión le entaponaron los oídos.

Las aguas fueron subiendo, subiendo y le tocaban ya el cuerpo. Pronto iban a cubrirle la cara. Una terrible angustia se apoderó de él. Temió sobre todo morir sin haber conseguido lo que quería. Empezó a sudar frío y cayó en un letargo primero, y luego en un sueño profundo.

Cuando despertó, las aguas habían bajado y una música dulce, como de salmo, oíase a lo lejos. Poco

## Cuentos de Calleja

a poco se hicieron más cercanas, llegaron al vallecillo y al fin distinguió una extraña comparsa de músicos, marineros y gente singular a cuya cabeza iba un hombre fuerte y respetable acompañado de un negrito que le alargaba una gran pipa de vez en cuando.

Cercaron a Guillermo que moría de terror. Junto a sí, vio el pobre, al hombrecillo de la capa pajiza, que fumaba y reía burlón. En la angustia de la muerte dijo volviéndose al hombre respetable:

—En nombre de aquel a quien servís, ¿quién sois?

—Soy el capitán del *Carmilán* y éstos son mis marineros y gente de mar, que perecieron conmigo. ¿Por qué nos llamas y rompes nuestra paz?

—Porque quiero saber dónde se hundió tu barco.

El capitán repuso que en La Cueva de Steenfohl. A esto siguió un pequeño diálogo y luego desaparecieron.

Guillermo, después de mucho esfuerzo, consiguió sacar un brazo, desatose y corrió a su choza.

—¡Ven, vamos a sacar el tesoro!—le dijo a Gaspar.

Cogió un hachón y una cuerda y salieron. Al llegar a la cueva ordenó a Gaspar que sostuviese la cuerda, y él amarrado se echó al agua. A la media hora salió con un cofre. La codicia le impulsó a bajar de nuevo, pero esta vez se oyó una gran risotada en la cueva y Guillermo desapareció.

Gaspar, dicen, que se volvió loco.





## EL PEQUEÑO MUCK

EN Nicea vivía un hombrecillo conocido por el pequeño Muck. Apenas levantaba tres palmos del suelo y tenía que soportar una cabeza enorme. Vivía solo, en una gran casa de la cual no salía más que una vez por semana. Esta salida constituía para los chicos del pueblo un día de fiesta. Nos apostábamos a su puerta y cuando asomaba su cabezota liada en el turbante y luego el cuerpecillo ajustado con un cinturón, donde llevaba una daga tan grande, que no se sabía si era Muck el que la llevaba o la daga la que sostenía a Muck, gritábamos, echábamos las gorras por alto y danzábamos como locos a su alrededor. Yo especialmente le hacía rabiarse, tirándole de las ropas, pisándole las babuchas y discurriendo barbaridades.

Un día Muck se quejó a mi padre y éste, después de propinarme veinticinco palos, me contó la historia siguiente:

—A Muck se le murió el padre siendo muy niño. Sus parientes le tenían horror por ser enano; así es que se vio solo y sin medios de vida. Como le faltase incluso ropa cogió las del padre, que había sido un gigantón las cortó y se las puso. Pero como no supo estrecharlas, su traje resultó bastante ridículo. Con él y a pesar de él se puso en camino a buscar fortuna.

Después de muchos trabajos, y muerto de hambre, llegó a una ciudad populosa. Pasaba una calle, cuando oyó que desde una ventana decía una mujer: "Entrad, entrad, vecinos y amiguitos míos, que la papilla está preparada". Detúvose y vio entrar en la casa un batallón de perros y gatos, bonitos, feos y de toda calaña. Entonces el hombrecillo discurrió: — Si en esta casa hay tanta sobra como para alimentar un batallón de animales, bien puedo yo solicitar algo de comer que bien lo necesito—. Y se coló de rondón por la puerta.

Salióle al paso una vieja. Muck le contó su historia y la vieja, complacida y compadecida, le ofreció un puesto de criado en su casa.

La vieja no cocineaba más que para sus gatos y alguna vez para los de las casas vecinas. Se llamaba Doña Ajafzi. La obligación que impuso al pequeño fue la de cuidar de dos gatos y cuatro gatas, peinarlos y restregarlos por la mañana, vigilarlos en ausencia de ella, presentarles el platillo a la hora de comer y envolverlos en mantas por la noche. Este trabajo agradaba a Muck y le creyó fácil al principio, pero, con el tiempo, los gatos fueron tomándose confianza con su vigilante, comenzaron a soliviantarse, a saltar y brincar por encima de los aparadores, veladores, mesas y reposteros. Los muy pícaros, cuando doña Ajafzi volvía de la calle, bajaban el rabo y se presentaban sumisos, de modo que la dueña, furiosa al ver los destrozos, echaba la culpa a su criado aunque éste se defendiera, pues tenía más fe en sus gatos que en el pequeño.

Estas injusticias crearon en él vivos deseos de huir, de abandonar a la vieja. Los disgustos se sucedían con harta frecuencia y determinó marcharse. Pero se hallaba sin dineros.

— Yo he desempeñado un servicio en esta casa— se decía—, y por él no he recibido un céntimo. Tengo derecho, pues, a compensarme con algún objeto de valor.





Y comenzó a examinar la casa.

El examen no daba fruto. La señora Ajafzi, tenía todas sus cosas bien encerradas y a cubierto. Desesperaba ya, e iba a marcharse cuando cayó su vista en unas babuchas enormes, que si no le venían bien por el tamaño, le venían de perilla, como suele decirse, porque las suyas estaban hechas pedazos. Cogió también un bastoncito de paseo que halló en el mismo cuarto y luego que se puso el turbante, la manteleta y la daga, echó escaleras abajo.

Salió corriendo de la casa y de la ciudad, volviendo de vez en cuando la cabeza, por ver si le seguía doña Ajafzi. El pobre Muck, que temía no poder andar con

sus nuevas babuchas, vióse sorprendido conque corría furiosamente; mucho más de lo natural. Las babuchas parecían tener la virtud de correr por sí solas, y cuando sintió deseos de parar, no pudo. ¡Qué sudores los del infeliz! P'or ventura, entre las exclamaciones y palabras que decía en su atolondramiento, dio la voz de parada que se dirige comúnmente a las bestias, y las babuchas se detuvieron.



Rendido de cansancio se echó en tierra y quedó dormido, y en sueños tuvo la revelación siguiente. Alguien le decía:

—No entiendes aún el manejo de las babuchas. No tienes más que dar tres vueltas sobre los talones y ellas te llevarán al sitio que apetezcas. Además, el bastón tiene el poder maravilloso de descubrir los sitios donde hay oro oculto. Si pasas por uno de ellos, se detendrá y dará tres golpecitos.



## El pequeño Muck

— ¿Para qué más?—se dijo—La suerte y el dinero se aproximan.

Hizo las pruebas y salió volando hasta una gran ciudad. Como seguía sin dineros se metía en todas partes olisqueando y llegó a saber que el rey pagaba muy bien a los corredores o emisarios ligeros.

Decidió presentarse en Palacio y allá fue. El guardián tomó a risa su pretensión, pero viendo la insis-



tencia del chico convino en ponerlo a prueba por la noche. Y en efecto, buscaron al mejor carrerista para que compitiera con él, y en el lugar de la apuesta se congregó toda la corte.

No hay que decir que Muck ganó la carrera gracias a sus babuchas, y que el resultado de todo fue su admisión en palacio, donde cayó en gracia, especialmente al rey el cual le encomendaba los recados más urgentes y secretos.

## Cuentos de Calleja

Así Muck creyó haber resuelto su vida, pero la servidumbre del rey estaba envidiosa de sus éxitos y maquinaba contra él.

—Yo los conquistaré—repetíase el pequeño—; yo los conquistaré con oro.

Sabía que el rey anterior había enterrado su dinero en la gran huerta cuando los enemigos invadieron el país y ayudado de su bastón empezó sus excursiones nocturnas en busca del tesoro.

—Con este dinero me ganaré la benevolencia de los enemigos actuales.

Pero no fue así. Muck dio con el tesoro y fue repartiéndolo entre los envidiosos, pero no los rindió; antes al contrario, fueron al rey con el chisme de que Muck tenía siempre oro y que debía robarlo del tesoro real. Como el tesorero era un ladrón y nunca podía presentar cuentas, vio el cielo abierto con aquel chisme.

Total, que el rey ordena la más estrecha vigilancia sobre Muck; se le sigue día y noche y al fin se le atrapa con las manos en la olla del jardín.

Los enemigos, especialmente el tesorero, declararon que habían visto a Muck llegar y enterrar la olla y que ésta pertenecía al tesoro del rey.

Las explicaciones que dio Muck no sirvieron. Fue preso, encadenado y amenazado de muerte próxima.

—¿Cómo salir de este aprieto?—se decía.

Y discurrió que lo más derecho era decir al rey la virtud de su bastón. El rey no le creyó, pero convino en ponerlo a prueba. Y en efecto escondieron dineros y Muck dio con ellos. Entonces el rey, como lo había prometido, le dio libertad, pero quedándose con las babuchas y el bastón.

Muck se vio de nuevo errante y pobre, comiendo de los frutos del campo. Un día se acercó a una higuera, comió de ella y, al beber en el río, vio con espanto que su cara se había transformado; habíale crecido



## El pequeño Muck

las orejas como a los burros. Lleno de desesperación anduvo todo el día y cuando sintió hambre volvió a comer higos, pero de otra higuera. Y ¡oh maravilla! estos higos le volvieron las orejas a su tamaño normal.

Este fue el descubrimiento que más feliz hizo nunca a Muck porque le sirvió para vengarse del rey. Para ello se hizo mercader de aquellas frutas espléndidas que fueron comidas por el monarca y provocaron la deformidad que conocemos. Cuando buscaron auxilio, Muck se presentó a curarlo disfrazado de médico. El rey le prometió lo que quisiese, El tomó sus babuchas y su bastón y dejó al rey engañado y con sus orejas de burro porque no le dio los higos que devolvían la primitiva forma.





## EL PRÍNCIPE FALSO

**L**ABACAN oficiaba de aprendiz con uno de los mejores sastres de Alejandría. Su trabajo era primoroso, razón por la cual el maestro le perdonaba su lentitud y su afición al ensueño y a la fantasía. Porque sabréis que el pobre aprendiz era víctima de la locura de grandeza.

—Tú has nacido para príncipe—le decía el maestro, burlón.

Y él contestaba:

—¿También vos lo habéis conocido?

Una vez lleváronle al sastre la vestidura de un príncipe, para variar no se qué adornos, y el sastre le encomendó la operación a Labacan, como el más primoroso. Este puso todo se empeño y buena maña, lo cual no le impedía de vez en cuando, pararse a meditar sobre la vestidura y la vida que llevaría su sueño. Tales meditaciones le llegaron a trastornar el juicio hasta el punto de sugerirle la idea de robar la prenda y salir de la ciudad a la ventura, confiado en que algo grande le esperaba en la vida. Y así lo hizo; con su traje de príncipe y un caballejo que compró con sus ahorros, salió de camino.

A las pocas horas se unió a él otro joven caballero. Entablaron conversación y de ella vino la simpatía



mutua y la amistad, pues el nuevo personaje era muy comunicativo.

Le contó que se llamaba Omar, que llevaba veinte años alejado de su padre viviendo en casa de Elfi Bey, bajá del Cairo. Poco antes de morir éste le dijo:

—Mira Omar, tú no eres mi sobrino; tu padre que es un poderoso señor, se desprendió de tí por ver si así te libraba de un enemigo que te combatiría antes de los veintidós años. Cuando llegues a esta edad, en tal y tal día, procura encontrarte al pie de la célebre columna El-Serujah, distante de Alejandría unas cuatro jornadas. Allí te esperan unos hombres; al más viejo preséntale esta daga diciéndole: “Aquí está aquel a quien buscáis”. Si ellos te contestan, “Alabado sea el profeta que te conservó”, síguelos que te llevarán a casa de tu padre.

Esto y otras cosas referentes a Elfi Bey y a su vida anterior fue contando Omar, con lo que llegó la noche y se acostaron.

Labacan, preso de su manía de grandeza no pudo dormir. Sentía envidia de aquel príncipe o gran señor y este sentimiento le despertó la idea de suplantarle, de hacerse pasar por él. Conforme dormía Omar, Labacan le robó la daga, tomó su caballo que era más ligero y partió al galope, camino de la célebre columna, porque, pasados cuatro días, era la fecha del encuentro según le había dicho Omar.

Impaciente anduvo rondando la columna, temiendo la llegada del suplantado. La víspera vio que una gran caravana acampaba cerca, y el corazón le dijo que aquellos eran los hombres esperados.

Al día siguiente, subió la colina, sobre la cual se levanta la columna, y donde ya estaban reunidos los hombres, sacó la daga y dijo:

—Aquí está aquel a quien buscáis.

Los otros respondieron:

—Alabado sea el profeta que te conservó.

## Cuentos de Calleja

El viejo que había recibido la daga abrazó lloroso al príncipe diciéndole:

—Abraza a tu viejo padre, querido hijo Omar.

En ésto oyen gritos y ven un jinete que se acerca



despavorido. Todos quedan suspensos. Cuando estaba cerca dijo:

—Detenéos quien quiera que seáis. No dad crédito a ese vergonzoso falsario. Yo soy Omar y no hay quien me suplante.



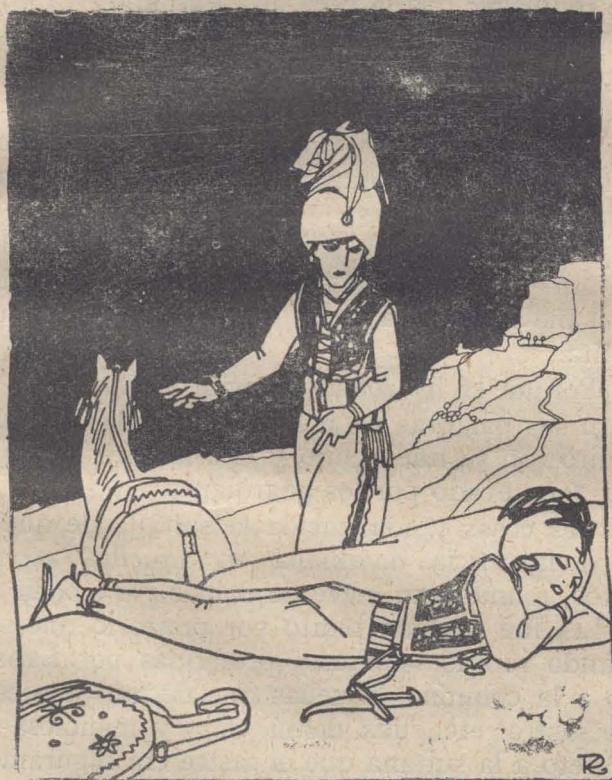
## El príncipe falso

Más que ninguno quedó suspenso el anciano, pero Labacan, tranquilo, exclamó:

—No os dejéis engañar, padre, por ese sujeto que, según veo, es un pobre sastre de Alejandría, llamado Labacan, es más merecedor de lástima que de ira, por su demencia.

Inútiles fueron las protestas de Omar, que fue inmediatamente amarrado a un dromedario. Todos en cambio creyeron al sastre.

Y la caravana en medio de un gran júbilo volvió a emprender el camino de vuelta, siendo recibida por los pueblecitos del paso con vivas demostraciones de acatamiento y alegría.



Por fin llegaron al palacio del sultán, padre de Omar. La sultana, una señora venerable, aguardaba con su séquito y esplendor en la sala del trono. Los primeros en entrar fueron el anciano y Labacan.

—Aquí te traigo el objeto de tantos suspiros—exclamó el padre en aquel momento solemne.

Pero la sultana interrumpió diciendo:

—Éste no es mi hijo. Este no se parece al que yo he visto en sueños iluminada por el profeta.

El sultán iba a replicar a semejantes fantasmagorías, cuando la puerta de la sala se abrió con estrépito, dejando paso a Omar que se había soltado a viva fuerza de sus guardianes.

De rodillas y con la cara alta exclamó:

—Matadme aquí, matadme aquí, padre despiadado, puesto que no tolero tanta superchería.

En esto la reina grita con exaltación:

—¡Deteneos! Este, y ningún otro, es el verdadero. Este es el que mi corazón reconoce, aunque no le vieron nunca mis ojos.

—¡Aquí quien decide soy yo!—exclama lleno de ira el sultán—y afirmo que éste es el verdadero, puesto que él me entregó la daga, único documento que lo acredita.

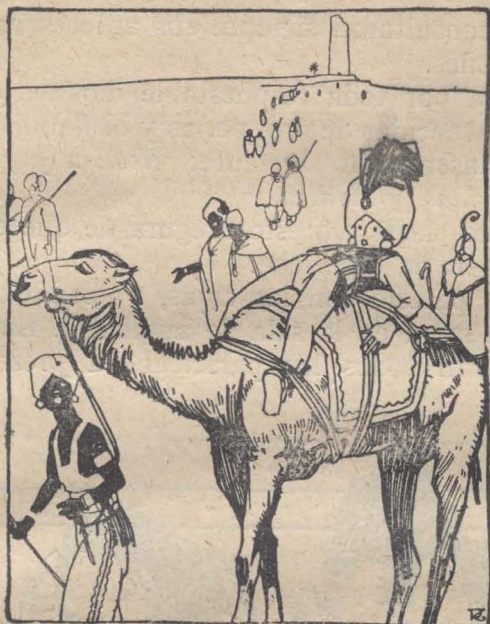
—¡Porque la ha robado!—grita Omar.

Pero sus palabras no fueron escuchadas. El sultán se retiró con su nuevo hijo y la asamblea se deshizo. Omar fue llevado por los guardianes.

Así las cosas y convencida la sultana de que una trágica injusticia dominaba en aquellos acontecimientos, reunió a su corte de damas para pedir consejo. Les fue contado punto por punto lo que sabía y cuando repitió las frases proferidas por Labacan junto a la columna, aquellas que decían: ese es un pobre sastre, etc., una dama vieja y máluciosa dijo en secreto a la sultana que el sastre era seguramente



## El príncipe falso



Labacan. La pobre madre se levantó en seguida y salió en busca de su marido.

—Concédeme que haga una prueba—le dijo—. Vamos a ver quién de los dos es más ingenioso. Para probarlos, no quiero que se recurra a los medios vulgares de que tiren flechas o monten indómitos potros, quiero que cada uno haga una vestidura completa. Seguramente el príncipe verdadero ha de ser el más ingenioso.

La prueba se hizo y dio el resultado apetecido por la madre. Labacan entregó una vestiduras admirablemente hechas, mientras que Omar no puso siquiera manos a la obra.

Pero el sultán no se dio por convencido.

—Tengo que consultar antes con alguien—dijo.

Y en el caballo más ligero de sus caballerizas fue al bosque donde se albergaba la bruja Adolzaida, mujer

a la que consultaron siempre sus antecesores en las horas difíciles.

La bruja por toda respuesta le dio dos cajas de marfil, guarnecidas de oro, perlas y brillantes. La una tenía la inscripción siguiente: *Nobleza y fama*; la otra: *Felicidad y riqueza*.

—Déjales elegir; yo estoy segura de que el verdadero escogerá la que debe.

Llegó a palacio con las cajas, y mandólas poner sobre una mesa en la sala de audiencia. Luego hizo que entraran todos los palaciegos a presenciar la





escena y cuando se llenó la sala, mandó venir a Labacan.

—Escoge, hijo, que tú escogerás la verdadera.

Y Labacan, después de meditarlo, escogió la que decía: *Felicidad y riqueza*.

Luego fue conducido Omar ante las dos cajas y eligió la del lema: *Nobleza y fama*, diciendo:

—Los últimos días me han enseñado cuán insegura es la *felicidad* y cuán pasajera la *riqueza*; pero también me han enseñado que un bien inapreciable vive en el corazón del valeroso: *la nobleza* y que la estrella luminosa de la fama no huye tan pronto como la *felicidad*.

Fueron abiertas las cajas y vióse que en la de Omar había una pequeña corona y en la de Labacan una aguja, con lo cual quedó descifrado el enigma.

Omar perdonó a su enemigo que se fue a su tierra y con el tiempo fue el mejor sastre de Alejandría.



## LA MANO CORTADA

YO nací en Constantinopla. Cuando llegué a la edad de emprender estudios, mi padre me aconsejó escogiese los de medicina para seguir los cuales me sostendría en Europa el tiempo preciso. Comprendí que un médico a la europea tendría en Constantinopla mucha ventaja sobre los curanderos que allí danzaban, y accedí gustoso a embarcarme camino de París con un francés amigo de mi padre. Este, el día de la partida, me llamó a su cuarto y me hizo entrega de ropas, armas y dinero. Díjome además:

—Hijo, mi caudal no es grande; lo he dividido en tres partes, una de ellas es tuya, otra es para mi sostenimiento y necesidades y la tercera la considero como algo sagrado, ahí la tienes si te ves en una hora de gran apuro.

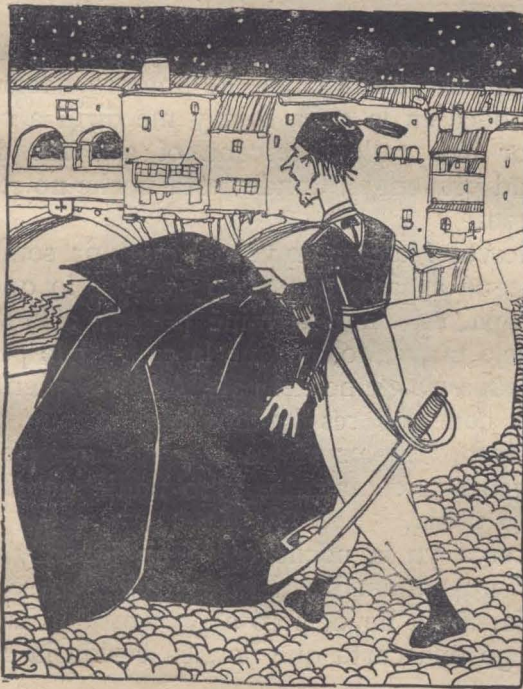
Así habló, llorando y presintiendo tal vez, el pobre, que no había de volverme a ver.

En Francia permanecí varios años y cuando llegué a ser práctico en todo lo que debe saber un médico volví a mi patria, de la que tenía verdadero apetito. Por desgracia no hallé a mi padre, que había muerto meses antes. Viéndome sin su ayuda para comenzar mi profesión y sin ganas de hacer el curandero en la plaza pública, discurrí traficar por el extranjero con productos del país. Hice provisión de sedas, bálsamos



## La mano cortada

y otras cosas, con el dinero que me produjo la venta de mi casa y de sus muebles. En cuanto transpuse los Dardanelos la suerte me sonrió. En Francia mis negocios fueron bien. Hice pedidos a mi país y cuando llegué a juntar ahorros que me permitían entrar en mayores empresas, marché a Italia. He de advertir que mi profesión de médico no la abandoné del todo; siempre fue una eficaz ayuda. Después de recorrer ciudades dí en Florencia, donde como en otros sitios puse al público mi cartela, anunciando la llegada de un médico griego que había hecho grandes curas. Mi tienda se vio concurridísima desde su apertura. La noche del cuarto día transcurrido en la ciudad hallé sobre el mostrador, cuando iba a cerrar la tienda, un volante por el cual se me citaba en el Puente Viejo a las doce de la noche. Aquello era raro, porque yo



no conocía un alma en Flórencia, pero pensé que podía llamármeme para una consulta médica y determiné acudir, no sin colgarme el sable que mi padre me entregó.

A las doce en punto apareció en el puente un hombre embozado en una capa roja. Me acerqué y le dije:

—Si sois quien me llamó a este sitio, decidme lo que deseais.

El embozado no dijo más que: “¡Sígueme!”

Iba a seguirle, pero repuse:

—No sin que antes me digáis a dónde y os dejéis ver el rostro.

El hombre rojo, sin importarle mis palabras, dijo:

—Si no te conviene, Zalencos, déjalo.

Entonces, con gran ira, argüí:

—¿Os figuráis que un hombre como yo va a ser juguete de un bufón y que voy a acudir a las citas en balde?

Y diciendo esto, dí unos pasos y le eché la garra; pero me quedé con la capa. El hombre había huído.

Me embocé en la capa roja y me dirijí a casa. Al pasar por una calleja cercana oí que me dijeron:

—Estad prevenido, Conde; esta noche no se puede hacer nada.

Cuando volví la cara no ví más que una sombra, ya lejos. Llegué a casa, pensando siempre lo que haría con la capa. Al fin determiné ponerla a la venta y a un precio muy alto, porque la calidad lo permitía; era una capa rica y no del país. Además quería ver si entre los compradores hallaba alguno que por sus ojos me recordara los vistos la noche anterior. Vino mucha gente a comprarla, pero nadie quería pagar lo que yo pedía.

Muy cerca ya la noche entró un joven y me dio las doscientas monedas. Era la quinta o sexta vez que venía. Se la llevó, pero a poco estaba de vuelta; me entregó una carta que llevaba cosida la capa, en



## La mano cortada

la cual leí: «Lleva la capa, esta noche a las doce, al Puente Viejo y recibirás cuatrocientas monedas por ella». Aquello era para tirarse de los pelos. Agarré el dinero y salí en busca del joven. Después de una furiosa disputa recogió su dinero y me hice con la capa otra vez; pero el joven llamó a la policía y fui al juez el cual dio la razón y la capa al joven. Viendo que perdía un buen negocio comencé a ofrecerle sumas mayores hasta que me la vendió. Satisfecho, esperé la hora de la cita.

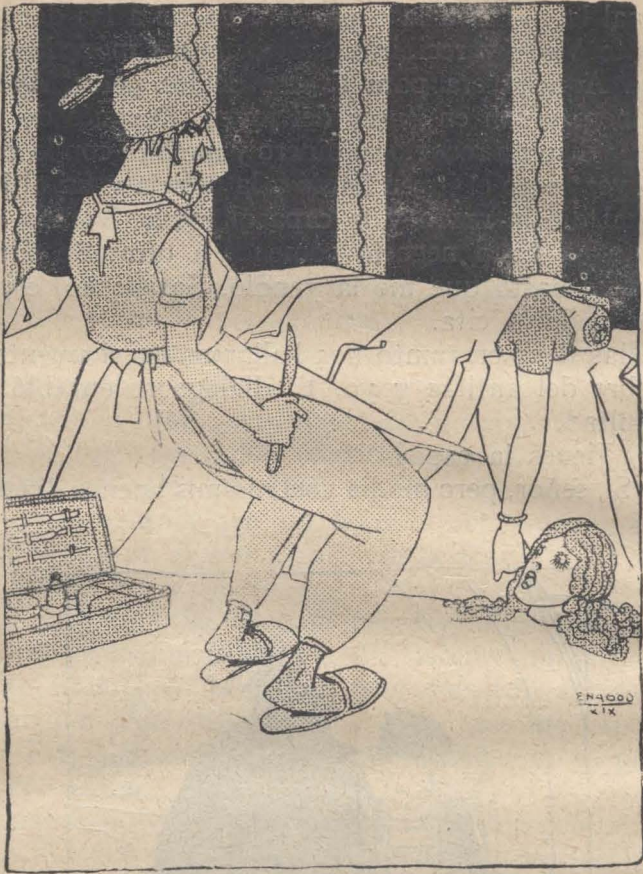
A las doce en punto nos hallamos en el puente el hombre del antifaz y yo. El diálogo se entabló sin dificultad.

—¿Tienes la capa?

—Sí, señor, pero me ha costado mis buenos dineros.



## Cuentos de Calleja



—Ya lo sé. Mira, aquí tienes las cuatrocientas monedas.

A la luz de la luna reconocí las monedas de oro. Metilas en el bolsillo loco de júbilo y diciéndole:

—Por su bondad, señor, os doy las gracias. ¿Qué más pedís de mí, con tal de que sea cosa justa?

—Yo necesitaba tu ayuda como médico; pero no para un vivo, sino para un muerto.

Entonces me refirió que en casa de un amigo, donde estaba pasando unos días con su hermana, había



muerto anoche ésta y que siendo tradicional en su familia el que reposaran todos en el mismo panteón, quería llevarle a su padre la cabeza embalsamada como habían hecho con otros parientes. Extrañado, le pregunté porqué haríamos aquello de noche y a ocultas y respondió que como en Italia no había tales costumbres, los señores amigos consideraban la operación como una crueldad y no la dejarían hacer. Después de esto echamos a andar.

Entramos en un palacio; cerró la puerta él mismo y, sin luz, me llevó por escaleras y corredores hasta la habitación donde estaba el cadáver. El hombre se apartó como llorando y después de recomendarme prontitud en la operación se fue.

Abrí el estuche de operador que siempre llevan los médicos y me acerqué. La dama no tenía al descubierto más que la cabeza; su belleza era tal que infundía compasión verla muerta. Siguiendo una vieja práctica, lo primero que hice fue probar la cuchilla cortando ligeramente en la piel. Después agarré bien la que más cortaba y de un tajo cercené la cabeza. ¡Qué horror, entonces! La muerta abrió los ojos, volvió a cerrarlos en seguida y dejó escapar el último suspiro. Tuve la convicción de que acababa de matarla yo. ¿Qué era aquello? ¿Me había traído el hermano sabiendo que estaba viva o había tomado por muerte lo que no era más que un sueño prolongado, uno de esos sueños que se llaman catalépticos?

Salí de la casa sin saber como. En balde busqué al desconocido. No ví a nadie. La noche que pasé, sin poder dormir y acosado de remordimientos y miedos, es indescriptible. Para mayor angustia eché de menos las cuchillas, la gorra y el cinturón; todo estaría en el palacio.

En cuanto abrí la tienda al día siguiente los vecinos vinieron hablando del suceso.

—¿Cómo, no sabéis? Blanca, la Flor de Florencia,

la hija del Gobernador, que ayer se paseaba con el novio y hoy se iba a desposar ha sido muerta!

Al mediodía vinieron a preguntarme los del juzgado si unas prendas que mostraron eran mías. Dije que sí y ordenaron mi prisión.

De mi celda fui llamado al juicio. En él habló primero el Gobernador, (que estaba entre los Senadores)



para decir que como padre de la víctima renunciaba su derecho de hablar, delegando en el más anciano de ellos. Entonces se me pidió declaración, cosa que hice con voz firme y clara. El Gobernador a veces enrojecía o empalidecía. Cuando terminé, afirmé: "Tanto más miserable" deduciendo que me había guiado el deseo de robar. Pero entonces el Senador le cortó la palabra; dijo que no había indicios que



justificaran esa afirmación y que lo necesario allí era conocer algunos antecedentes de la muerte, cartas tuyas. Se suspendió el juicio para el día siguiente en el cual me mostraron dos cartas preguntándome si estaban escritas por mí. Dije que eran de la misma letra que las recibidas por mí del hombre rojo, pero no me hicieron caso. Las cartas iban firmadas con una Z y la interpretaron como inicial de mi nombre.

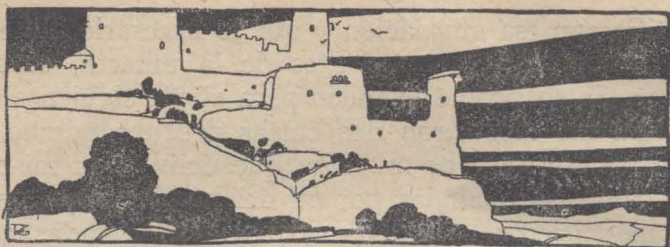
Al tercer día de esto me comunicaron la condena de muerte. Pero en este día recibí una visita. Era un francés de los que conocí en París. Hizo que le narrara la historia. Se conmovió profundamente y me prometió ayuda. Yo no tenía esperanza pero, a los dos días volvió y me dijo que se me había conmutado la pena. Que el Gobernador se había opuesto a la revisión, pero que consentía en que a cambio de la muerte perdiese una mano.

Este francés me tuvo en su casa hasta que me ví curado de la terrible mutilación. Después me facilitó dinero, pues se habían incautado de todo lo mío.

Cuando llegué a Constantinopla me hallé con una casa comprada para mí por un extranjero que, según decían, llevaba una capa roja y parecía francés. Aquel desconocido había dejado para mí la siguiente carta:

«Zalencos: dos manos están dispuestas a trabajar sin descanso para que no sientas la pérdida de la una. La casa y todo lo que en ella hay es tuyo y todos los años recibirás una suma por la que pertenecerás al grupo de los más ricos de tu pueblo. Haz por perdonar al que es más desgraciado que tú».

Desde entonces han pasado diez años. Ni uno solo me han faltado las mil monedas de oro. Y tampoco he dejado yo de recorrer mundo, si bien es verdad, no he vuelto por la tierra de la desdichada Blanca, la Flor de Florencia.



## EL FLORÍN CON CABEZA DE CIERVO

EN la parte alta de Suavia y en un sitio agreste y montañoso quedan aún las ruinas de un castillo condal legendario.

Uno de sus últimos señores fue el Conde Ruperto, figura reconcentrada y feroz.

Jamás dirigía la palabra a persona alguna. Cuando le tropezaban en su camino los aldeanos y, al saludarle, añadían cualquier observación como, por ejemplo; "Señor Conde, buen tiempo", no contestaba más que con estas palabras: "Ya lo se" o bien "¡Tontería!"

La mujer de este hombre era todo lo contrario: dulce y afable. Parece imposible que pudieran conllevarse.

Después de unos años de casados tuvieron un hijo, al cual no hizo el padre la menor fiesta. Al cumplir los tres años le tomó en brazos un día, se rascó la barba y sin decir más ordenó que ensillaran dos caballos. La mujer, que nunca le preguntaba a dónde iba o de dónde venía, cuando vio que se encaminaba al patio con el chico, se atrevió a decirle:

—Yo iba a dar un paseo con el nene.

Y el Conde le contestó:

—Ya lo se.



## El florín con cabeza de ciervo

Listos los caballos, ató el niño al sillín y tomando las bridas de ambos caballos partieron. Al principio el rapaz iba contento manoteando; pero, al iniciar el trote, empezó a quejarse y a pedir que fuese más despacio. “Tontería”, exclamó como de costumbre el Conde, pensando por dentro que su hijo no iba a valer nada, que iba a ser una mujercilla débil y llorona. Sin hacer caso siguió su trote; pero el caballo tropezó y en la sacudida perdió el conde la rienda del otro caballo, el cual siguió su carrera. Al levantarse, miró temeroso y vio que iba corriendo solo camino del castillo, sin el pequeño jinete.

Desesperado empezó a buscar, cuando advirtió que, no lejos, lo tenía en brazos una vieja, considerada como hechicera en el país.

—Dame el niño.

—Te lo daré si me das un florín de los de cabeza de ciervo.

—¡Bah, tontería! Toma tres ochavos—y se los arrojó.

Pero la vieja agarró las monedas y, con agilidad, se las arrojó a la bolsa, abierta todavía, agregando:

—Quiero el florín de la cabeza de ciervo.

Como el conde volviera a negárselo, la vieja exclamó:

—¡Buena herencia vas a dejar!

Soltó al chico, que fue cogido por el padre y terminó aquella escena marchando los caballeros hacia el castillo.

Desde aquel día el conde aborreció al pequeño. Lo creía inútil, demasiado sensible. La madre enfermó de pena viendo el odio que por su hijo sentía y falleció poco tiempo después. De modo que el niño fue creciendo sin hablar con otras personas, ni ser querido más que por la vieja hechicera y por un ayo, clérigo, que vivía en el castillo.

Con la vieja pasaba grandes ratos en el bosque. **Ella le enseñaba multitud de cosas útiles, combina-**

## Cuentos de Calleja

ciones de yerbas para curar heridas, preparación de cebos para pescar, etc. Ambos se querían bien.

Así transcurrió el tiempo y el conde volvió a casarse y fue padre de dos hijos mellizos.

Esta vez, cuando a los tres años hizo con ellos la prueba del caballo, fue más dichoso, pues ninguno se quejó. "Mis hijos van a ser fuertes y valientes", pensó, y quedó contento.

Viéndose con tres hijos y recordando siempre las palabras de la vieja: "¡Buena herencia vas a dejar!" construyó dos castillos más en sus tierras, a fin de que cada uno tuviera el suyo. El castillo viejo lo destinaba al hijo mayor, al odiado, pero su mujer, la





madrastra, logró convencerle después de muchas noches y acabó adjudicándolo a uno de los nuevos.

Poco después, murió el conde y la madrastra leyéndole el testamento le vino a decir al primogénito que estaba demás en el castillo.

Kuno, (que así se llamaba el primogénito) se fue al suyo y se llevó consigo a la vieja y al clérigo, sus amigos, con grandes burlas de la madrastra y los hermanos, aunque con el bien parecer de los aldeanos. Se fue triste y solo, sin cariño familiar.

En todas las ocasiones que podía procuraba entablar relación con sus hermanos, pero éstos eran de baja y ruin condición.

La última intentona que hizo para conquistarlos fue la siguiente. Sabiendo que les gustaba la pesca, y teniendo en sus dominios un río con muchos peces, los citó y les dijo:

—Vengamos aquí a pescar juntos y que el río sea de los tres—.

A ninguno de los hermanos le satisfizo la propuesta. Uno dijo que mejor sería pescar solos de modo que a cada cual le correspondieran dos días a la semana. El otro dijo algo más ruin todavía:

—Me parece bien que todos tengamos igual derecho sobre el río, pero creo que el que quiera pescar debe pedirle permiso a uno de los tres. Vamos a ver por suerte, a quién le corresponde el ser preguntado por los otros. Para ello propongo que probemos a ver quién pesca más en el mismo tiempo.

Kuno comprendió toda la villanía, pero deseoso de ganarse la voluntad de sus hermanos, accedió. Buscaron sus aparejos de pesca y se pusieron a ella.

Pero los cebos que preparaba Kuno eran los mejores y salió triunfante de la prueba. Los hermanos, locos de rabia, prorrumpieron en insultos, digeron que se había valido de malas artes, de hechicería, y se marcharon dispuestos a no tratarse más.

## Cuentos de Calleja

Aquel disgusto hizo que Kuno enfermase al día siguiente, cosa que fue motivo de júbilo en los palacios fraternos.

Desosos de su próxima muerte para aumentar sus riquezas y queriendo cada uno ser primero en tener



conocimiento de ella para llegar antes al castillo y escoger lo mejor, pusieron espías en la linde con la orden de que reventase el caballo con tal de llevarles pronto la noticia.

Kuno supo esta indignidad por la hechicera y or-



## El florín con cabeza de ciervo

denó a un criado que se llegase a uno de aquellos espías y le digera que estaba agonizando. Y así se hizo.

El espía que recibió la noticia montó y partió como una flecha y el otro espía, viéndolo, adivinó la cosa y corrió a comunicarla a su amo.



El primero de entrambos que supiera la muerte tiraría el primer cañonazo de júbilo y en seguida bajaría hasta el río, el cual quedar a propiedad suya.

Por esto pusieron hombres en acecho.

Sonó el primer cañonazo en un lado y al mismo

tiempo, como si fuera un eco, en el otro. Llegó un hermano al río y el otro al mismo tiempo. Esto les enfureció. Subieron, camino del castillo y ya cerca se les presentó Kuno.



Al principio creyeron ver un fantasma, pero Kuno supo hablar y decirles las más duras palabras y ambos, cobardes, huyeron.

Pasó este desagradable suceso, pero, al poco tiempo, enfermó de veras Kuno, hizo testamento y murió.



Cuando los hermanos se convencieron de que esta vez no era una burla, se dirigieron al castillo, igualmente presurosos. En el camino emparejaron con un hombre que iba en la misma dirección, al cual no consiguieron sacar palabra. Luego en el castillo, vieron que era el juez. Éste, abrió el testamento y lo leyó. No dejaba para ellos más que un florín con la cabeza de ciervo. El juez lo agarró y entregó a los hermanos. Los demás bienes los distribuía entre las aldeas comarcanas y en obras de educación.

Ambos hermanos enrojecieron de rabia, pero como no había protesta, bajaron la cabeza y se marcharon con el florín.

—¿Qué hacemos con ésto?—dijo uno.

—Bebamos en el pueblo próximo—respondió el otro.

Llegaron al pueblo, estuvieron bebiendo con toda la brutalidad de que son capaces los hombres sin conciencia y, cuando fueron a pagar, el tabernero les devolvió el florín diciendo que, precisamente aquella mañana, se había declarado en un edicto público que los florines de cabeza de ciervo dejarían de circular y de valer.

De modo que aquellos malvados y avariciosos no sólo quedaron sin herencia si no endeudados, porque no llevaban dinero en el bolsillo.

Así se cumplió la profecía de la vieja que fue amiga de Kuno y a la cual se le negó un día un florín con cabeza de ciervo.



## EL POLLITO INGLÉS

“**Q**UIEN será el recién llegado? Debe ser hombre rico”, se decían primero los habitantes de la pequeña ciudad alemana. “¿Porqué no querrá nada con nosotros? ¡Qué señor más raro!” dijeron luego enojados por la vida retirada que el forastero hacía. Y fueron inventando explicaciones y cuentos. En vano preguntaban a las autoridades y procuraban levantar sospechas; el hombre había llegado a la población con sus documentos en regla, revisados por el cónsul y todas las demás preguntas sobraban en tanto que por su conducta no diera motivo a ellas.

Pero el vecindario no se daba por satisfecho; rondaba la casa, fijábase en las horas de salir, en el traje que vestía, en el coche (el único coche de la pequeña ciudad) que montaba el forastero.

Los criados suelen ser buenos conductores de noticias, pero el extraño personaje no los tenía, ni dejaba pasar más allá del portal a los que le llevaban comestibles diariamente.

Encerrado en su hermético palacio fue durante mucho tiempo hablilla y preocupación de las gentes. Las aristócratas del pueblo, sobre todo, no le perdonaban el caso omiso que hacía de ellas el hombre rico.

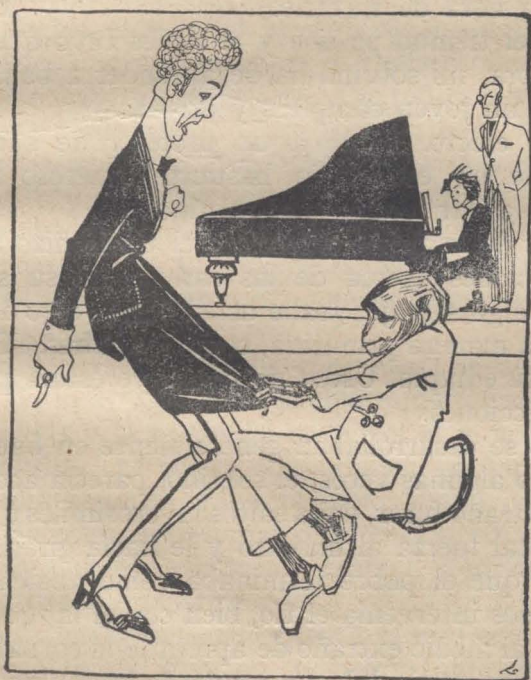
Aunque el tiempo fue cansando a los habladores,



## El pollito inglés

he aquí que un día ocurre algo insólito. Habían llegado unos bohemios, gente gitanesca que cantaba, bailaba y amañaba fieras. En sus vueltas por la pequeña ciudad pasaron ante la casa del forastero y deteniéndose allí lucieron sus habilidades y las de sus animalitos. Entre éstos iba un mono que bailó en último lugar. Al retirarse la comparsa, el forastero abrió un balcón y les arrojó una moneda de oro. Este detalle dio que hablar también a los vecinos.

Pero lo interesante vino luego. Llegada la tarde los bohemios salieron de aquella para ir a otra ciudad y, en cuanto anocheció, el forastero montó en su coche y salió disparado. Serían las once cuando entraba de nuevo en la ciudad y acompañado de otra persona.



¿Quién era esta persona amiga del forastero que desde entonces habita con él en el palacio?

Esta era la nueva preocupación del pueblo. Había quien al parecer afirmaba que al pasar por la misteriosa vivienda se oían a veces gritos y latigazos y como esto hiciera pensar en grandes y crueles palizas propinadas por aquél a la otra persona desconocida, el forastero tuvo que dar una explicación, la cual fue:

—Se trata de un sobrino mío, inglés como yo, al cual quiero enseñar la lengua alemana para que pueda frecuentar la sociedad elegante y discreta de esta población.

Con ésto no sólo se aplacaron los ánimos, sino que la buena sociedad se vio al fin reconocida como tal por el altivo forastero y no deseaba otra cosa que ver llegar la hora de tratarle.

Pero el tiempo pasaba y el inglés tuvo que decir:

—Ahora, mi sobrino ha de aprender a bailar para que sea un joven completo y divertido.

Y en efecto, habló a un profesor de baile que, mediante un estipendio bastante generoso fue día tras día a dar lecciones al sobrino.

Antes de la primera lección, el tío le hizo algunas observaciones acerca de las rarezas de su sobrino.

—Es algo salvaje, ¿sabe usted? Sabe algo de baile, pero a la manera primitiva, como los cafres. Yo quiero que se eduque. Usted no tema; yo estaré presente a las lecciones.

Éstas se desarrollaban generalmente en buena forma, pero algunas veces, el sobrino, parecía acometido de un extraño furor, daba saltos inverosímiles o agarraba con tal fuerza al maestro y le hacía girar con tal rapidez que el pobre terminaba como apaleado. En tales casos intervenía el tío, bien con el látigo o recurriendo al medio extraño de apretarle la corbata al sobrino. Este medio daba un resultado infalible y rápido.



Por fin, el tío, juzgó llegada la hora de que su sobrino se presentase en sociedad. Entonces enganchó su carruaje y fue a visitar al alcalde.

Esta visita fue como la buena nueva. La satisfacción, el regocijo inundaba a los vecinos de la pequeña ciudad, y de buen grado, hubieran arrancado hojas al almanaque para llegar más rápidamente al invierno, época de bailes y reuniones.

Pero sin necesidad de esto llegó el invierno y el mozo inglés, acompañado siempre de su tío, empezó a vivir aquella pobre vida pretenciosa de los burgueses provincianos.

Siempre hubo quien puso reparos a su facha o a sus modales. “Es más bien feo, bastante chato”. “Pone los pies sobre la silla; cruza las piernas delante de señoras; lleva la opinión contraria a las personas mayores y de respeto.”

—¡Bah!—decían los incondicionales del joven—Es un inglés y ya sabemos que en Inglaterra se hace todo eso. No hay que asustarse. De todos modos es una persona fina.

Todos acabaron por celebrar las genialidades del inglesito y como los jóvenes de la ciudad notaron el éxito que tales cosas proporcionaban al huésped, fueron acatándolas y convirtiéndolas en moda; con lo cual se transformaron las sumisas maneras de la antigua sociedad.

Así las cosas y todos contentos, se anunció una gran fiesta de caridad en la cual tomarían parte gentes conocidas y se le ofreció un papel al famoso tío para su sobrino. El papel consistía en cantar un dueto con una señorita y un pianista acompañante. Esta era una parte del programa, el cual se componía además de una representación teatral, recitados, canciones y cuadros plásticos.

El señor inglés acogió gustoso la invitación y aceptó en nombre del sobrino, haciendo notar antes, que



éste, aunque sabia cantar un poco, era muy atolondrado y propenso a las extravagancias. “Cuando le notéis algo de ésto acercaros y soltarle un poco el nudo de la corbata”, fue la advertencia que hizo el inglés.

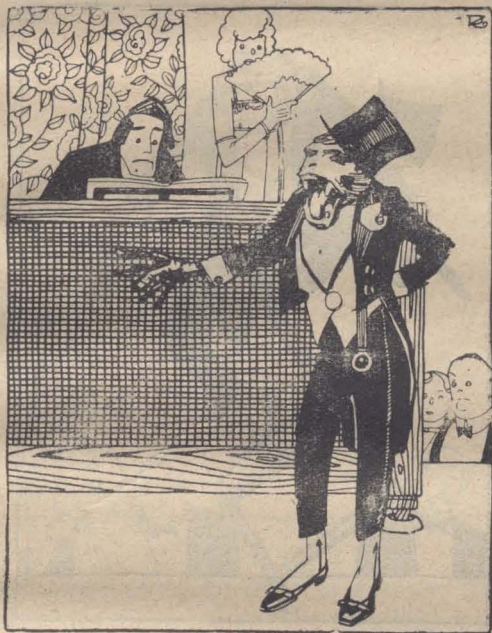
Y llegó el día y hora de la fiesta.

El sobrino se presentó en la sala y tomó asiento en la silla que más le gustó. Era de la señora Duquesa y todo el mundo se extrañó, pero nadie le hizo la menor advertencia, y cuando llegó la Duquesa hubo de sentarse en una modesta silla.



## El pollito inglés

Comenzó la fiesta, le llegó el turno al inglesito, y subió al estrado. Todo estaba listo; una, dos, tres, y comienza el endemoniado sobrino a despedir las notas más desacordes y penetrantes. El pianista le hace una advertencia sobre el tono, y él, no halla más contestación que la de quitarse un zapato y arrojárselo al cogote. Aquí se acabó la fiesta. El atril y los papeles volaron, en la sala se hizo un revuelo y el alcalde,



conocedor del medio eficaz para volver el juicio al joven, se acerca, le echa mano al cuello y le afloja un poco la corbata. En mal momento lo hizo sin duda pues el acaloramiento del joven subió más aún. Probó a soltarle el cuello del todo y con gran sorpresa vio que debajo del cuello no tenía color de piel humana sino de animal, velluda y áspera. Apenas le soltó le sobrevino una verdadera furia. Saltaba por mesas, piano

## Cuentos de Calleja

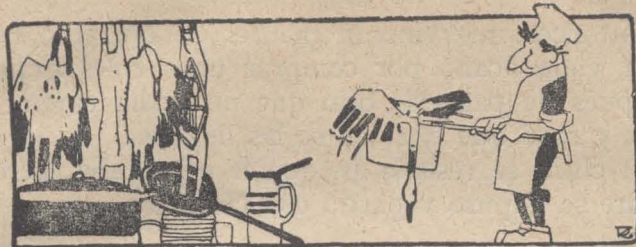
y sillas, en un verdadero frenesí. Se arrancó las cabelllos que resultaron ser peluca, y cuando, por fin, un forzado cazador pudo cogerle las manos, reconocieron todos que aquello no era persona, sino mono.

La irritación, la rabia que se produjo en los presentes al verse burlados por el inglés fue tan grande que el alcalde decidióse a prenderle e infligirle un gran castigo.



Pero todo fue en vano, pues al entrar en el palacio viéronlo vacío, no hallando en él más que una carta en la cual, cortésmente, decía: «Esta no es más que una broma que me permito con ustedes por haber querido sacar de su plan de vida a un hombre que apetecía la tranquilidad. No pudiendo yo asistir a vuestras fiestas eduqué el mono para que me sustituyera».





## EL ENANO DE LA NARIZ

**T**Ú, que niegas la existencia de las brujas, oye. Había en un pueblecito de Alemania, donde yo nací, una familia artesana compuesta de tres personas: el marido, zapatero; la mujer, verdulera, y un mozalbete, hijo de ambos.

Un día, estando el chico en el mercado, en el pueblecillo de la madre, acercóse a una vieja feísima. Con sus manos, que más parecían horribles garras, anduvo manoseando las verduras, y llevándoselas a la nariz larga y caída como un pitorro de canal, y todo para no decir otra cosa que:

—Mal género, mala yerba.

La verdulera, de mala gana soportó tanta impertinencia, pero el chico, increpó a la vieja:

—¡Oye! ¿qué dices tú de mal género, ni de malas yerbas, después de ensuciarlas con tus manos y llevarlas a tu asquerosa y larga nariz?

—¿Te gusta mi nariz? Pues tú tendrás una mucho más larga que la mía—dijo la vieja moviendo siempre la cabeza.

—No digas tonterías ni muevas tanto la cabeza y sigue tu camino. Mira, mamá, que cuellecito tiene, parece un esparto.

—¿Te gusta mi cuello? Pues llegarás a no tener ninguno, la cabeza te saldrá de los hombros sin cuello.

## Cuentos de Calleja

Entonces intervino la madre. Se cruzaron frases y la vieja acabó por comprar unas coles grandes. Después de pagarlas dijo que no podía cargar con ellas y rogó que el chico se las llevase.

El chico se resistía porque le espantaba, pero la madre se impuso y partió con la vieja.



Anduvieron mucho hasta llegar a la puerta miserable de una casuca en las afueras. Entraron y la vieja cerró tras de sí. El interior de la casa no era miserable como el exterior y todo en él provocaba la sorpresa del chico. El suelo era resbaladizo, de cristal; los criados eran ardillas vestidas como personas y llevaban en los pies cáscaras de nueces por zapatos,



con los que producían un repiqueteo extraño en el suelo.

La vieja dijo:

—No te irás sin que yo te haga unas sopas como tú no has probado jamás. Siéntate ahí.

Y comenzó a dar órdenes a sus ardillas y a buscar tatarretes y yerbas. Después de un rato largo le puso delante la sopa. ¡Qué olor más rico tenía! El chico la comió con avidez y luego cayó en un sueño profundo.

Sonó que la vieja le había hecho ardilla y puesto a su servicio; que, después, durante algún tiempo estuvo para limpiar el suelo de cristal y que así fue subiendo hasta llegar a ser cocinero; cargo el más difícil, porque la vieja era muy refinada en sus platos.

Sonó muchas cosas más, que no sé decir porque mi memoria es mala. Lo que importa saber es que despertó como atontado y que al salir de aquella casa, era otra persona. Todos los transeuntes en la calle se detenían a verle y a reirse de su nariz, de su falta de pescuezo, y de su estatura.

El infeliz no entendía las risas aquellas y corría, en busca de su madre, al mercado. Cuando llegó, la encontró más pálida.

—Oye, madre, tardé tanto porque la vieja me quiso hacer unas sopas y luego me dormí.

La mujer volvió la cara y al ver semejante monstruo se horrorizó.

—Vete, vete, no quiero bromas, vete.

—Pero ¿no conoces a tu hijo?

—Vamos, déjate de bromas; los enanos tenéis siempre mala intención, aléjate.

El pobre chico después de tan duro reconocimiento, se alejó triste del mercado y fue a su antigua casa.

El zapatero seguía trabajando lo mismo, pero su cabeza estaba un poco blanca. Aleccionado por lo que le pasó con su madre, entabló conversación con



el zapatero pero sin decir quién era. Le preguntó por su hijo y llegó a saber que faltaba de casa hacía siete años.

Cuando el zapatero se cansó del enano lo despidió y el chico volvió al mercado, a insistir con su madre. La contó tales pormenores de su vida pasada y de su niñez que la verdulera empezó a dudar y acabó por llevarlo consigo a su casa. Pero cuando el zapatero supo por su mujer lo que decía y pretendía el enano, dijo:

—Todo eso lo acaba de oír de mí—y dándole un puntapié lo echó de la casa.





Viéndose en medio de la calle, sin dinero ni oficio se puso a pensar. Hay que advertir que si bien su cuerpo no había crecido, su inteligencia era la de un hombre.

—De modo—se dijo—que mi sueño ha durado siete años. Probablemente todo lo que yo creo haber hecho en sueños lo hice en realidad, de modo que si fuí cocinero de la vieja lo puedo ser del hombre más exigente.

Pensado y hecho. Se presentó en Palacio y pidió ser admitido como cocinero.

## Cuentos de Calleja

—Tú te ríes de nosotros o ¿es que quieres ser enano del rey?

—No, quiero ser su cocinero. Ponedme a prueba. Por broma le llevaron a la cocina.

—Vamos a ver, haz este desayuno para el rey.

El enano subido en una silla, para llegar al fogón, se puso a manipular y confeccionó un desayuno que dejó estupefacto al cocinero mayor. En esto el rey pide el desayuno, le llevan el hecho por el enano, y el rey, maravillado de lo bien que sabía, llama al cocinero.

—¿Quién ha hecho el desayuno hoy?

El cocinero mayor le dio cuenta de todo lo ocurrido y el enano fue desde entonces el predilecto del rey.

Todo iba bien para él, era respetado y querido, ganaba buen sueldo y sus conocimientos culinarios no se agotaban.

Mas he aquí que un día le dice el rey:

—Dentro de poco voy a tener de huésped a un rey vecino, al cual sólo yo aventajo en saber comer o tener buena cocina. Es preciso que derroches tu sabiduría y que no repitas un solo plato. Compra lo que quieras y no repares en gastos.

Aquel día, el enano, compró en la plaza tres hermosos gansos. Cuando los llevaba a casa notó que uno gemía y se quejaba como persona. Le habló y el ganso le contó su historia de la que resultaba ser la hija de un célebre mago, encantada por una hechicera enemiga de su padre.

No hay que decir que el enano condolido de la pobre mujer encantada no la llevó a la cocina, sino a su cuarto, donde, con el pretexto de cebarlo para el rey, le cuidaba muy bien.

En esto llegó el rey huésped y el enano fue objeto durante muchos días de calurosos elogios. Pero el huésped una vez exclamó:

—Tu cocinero es excelente, pero de seguro no sabe



hacer un pastelillo que se llama «El rey de los pastelillos».

—Yo te aseguro que sí—dijo el otro; llamó al enano y se lo ordenó.

El pobre vio que su mala hora había llegado porque desconocía tal manjar, pero repuso que lo haría.



Subió a su cuarto muy triste. El ganso le preguntó qué tenía y cuando lo supo le dijo:

—No te apures, yo conozco ese plato; se hace con tal y tal cosa. Es verdad que falta una yerba, pero no lo echarán de ver.

El enano, contentísimo, compuso los pastelillos, pero el huésped, riendo, exclamó:

—Ya sabía que esto era imposible, porque no hay aquí una cierta yerba.

Iracundo el rey llamó al enano y le ordenó que la buscara en el fondo de la tierra o le cortaba la cabeza.

Volvió el pobre con sus cuitas al ganso y éste le dijo:

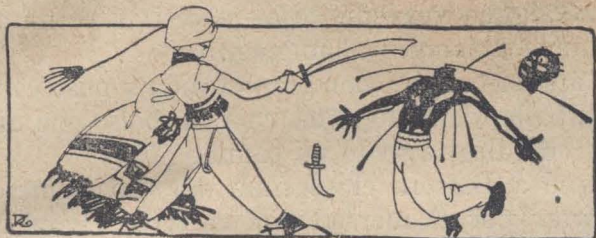
—Esa yerba crece bajo los cedros viejos. Llévame al jardín y yo te la enseñaré.

Bajaron y después de mucho buscar dieron con ella. Y ¡oh sorpresa! La yerba era la misma, tenía el mismo aroma, que aquella con la cual fue hechizado en casa de la vieja. El enano sabía que volviendo a comerla recobraría su figura.

Subió a su cuarto, ordenó sus ropas y dinero, comió la yerba y volvió a recobrar las proporciones de un hombre normal. En seguida cogió al ganso y marchó del palacio sin ser reconocido.

El camino que emprendieron fue el de la casa de la muchacha encantada, que a los pocos días dejó el encantamiento gracias a la sabiduría del mago, su padre.





## LA SALVACION DE FÁTIMA

UNOS corsarios, que merodeaban cerca de nuestra costa, abordaron una tarde la barca de recreo donde íbamos mi hermana, mi novia, unos cuantos amigos y yo. Como estábamos cerca del puente y pronto se destacaron barcas en nuestra ayuda, los malhechores huyeron, pero se llevaron consigo a mi hermana Fátima y a mi novia Zoraida. Cuando volví a casa, nuestro padre echó sobre mí toda la responsabilidad, me arrojó del hogar y me maldijo hasta que no diera con el paradero de su hija.

Yo sabía que en la ciudad de Balsora se celebraba una feria muy concurrida por aquellos días y dí por cierto que las presas serían llevadas a vender en aquel mercado. Me hice con un caballo y me despedí de mi padre que me entregó una bolsa de oro.

Seis días calculaba tardar en el camino. Pero al cuarto unos salteadores me prendieron. Fui conducido al campamento y a presencia del jefe de la banda y estuve a pique de ser hecho pedazos porque me habían confundido con el Bajá de Suleika, mortal enemigo de Orbasan, el jefe de los bandoleros. Desde que este Orbasan cayó de su error se desvivió en atenciones y disculpas. Él me enseñó un camino breve para ir a Balsora y me despidió regalándome un puñalito.

—Si alguna vez—me dijo—necesitas de mi ayuda envíamelo y acudiré al momento.

Me apretó la mano con gran efusión y puso espuelas a su caballo, dejando antes caer un bolso con dinero.

Loco de alegría seguí mi camino.

Llegué a Balsora el séptimo día. Lo primero fue preguntar por el mercado de esclavos. Para desesperación mía supe que terminó dos días antes. Hice toda clase de indagaciones para saber el paradero de mis queridas mujeres. Al fin supe que un ricachón llamado Tiuli-Kos había comprado dos esclavas bellísimas, llegadas poco antes a Balsora, y cuyas señas coincidían con las de ellas. Había que ir pues, al castillo de Tiuli distante unas veinticuatro horas. Para conseguir mejor acogida pensé fingirme príncipe o gran personaje. Alquilé unos mozos que vestí lujosamente, compré unos caballos y me presenté con toda pompa en el castillo diciendo que era el Bajá de Suleika, ya que los ladrones me habían tomado por él a causa del parecido.

Tiuli me recibió ceremoniosa y cordialmente. Pero aquella noche, un enemigo mío que estaba al servicio de Tiuli me delató y tuve que saltar por una ventana abandonando criados y caballos.

No desesperé por el fracaso. Dios me había concedido una buena fantasía y pronto urdí otro ataque al castillo.

Compré un caballo y, en la primera ciudad con que dí, busqué un médico que me facilitara una medicina para provocar un sueño largo, y otra para despertar después a la persona dormida. Cuando la tuve, compré unas barbas, un manto negro, y una porción de cajitas y frascos. Puse todos los enseres de médico ambulante sobre un borriquillo y salí para la finca de Tiuli-Kos.

Me anuncié con el nombre de *Doctor Chacamancabudibaba*. Al imbécil de Tiuli-Kos le hizo un efecto





inmediato; un médico de tal nombre debe ser un sabio, diría y me dejó pasar al momento. Coincidió mi llegada con que algunas esclavas no tenían buena salud, de modo que Tiuli me condujo al serrallo, una habitación bellamente decorada pero donde no ví un alma. Una vez allí, me dijo:

—Mira, querido Chambaba o como seas, por aquel agujero que hay en el muro, van a ir sacando sus brazos las mujeres; tú no necesitas más que tomarles el pulso y decir como marcha.

## Cuentos de Calleja

Dicho ésto sacó una tira de papel y fue nombrando en voz alta a cada una para que sacaran el brazo. Las seis primeras estaban sanas; pero al llegar la séptima, que acudió por el nombre de Fátima, la declaré enferma. Gran pesadumbre cayó sobre Tiuli,



el cual me mandó en seguida preparar un medicamento. Me retiré y escribí en una hoja: «Fátima, si te decides a tomar una medicina que te matará por dos días, te salvo; tengo los medios para devolverte la vida. Si estás conforme dí que la medicina que te doy no te sirve.» Volví con el papel y una botellita de agua inocente y alargué ambas cosas a Fátima.

Tiuli me cogió de un brazo y me llevó fuera. Estaba verdaderamente preocupado y prefirió que el resto de la consulta fuera al día siguiente. En un tono triste me dijo:



—Chadibaba, dime de verdad, ¿qué piensas de la enfermedad de Fátima?

—Ah, señor, que el Profeta le dé consuelo. Tiene una mala fiebre que se la puede llevar al otro mundo. Al oír esto montó en cólera, me llenó de insultos



y me amenazó con separarme la cabeza del tronco, si no la curaba. En esto llegó un esclavo negro y dijo que la bebida *no había hecho efecto alguno*.

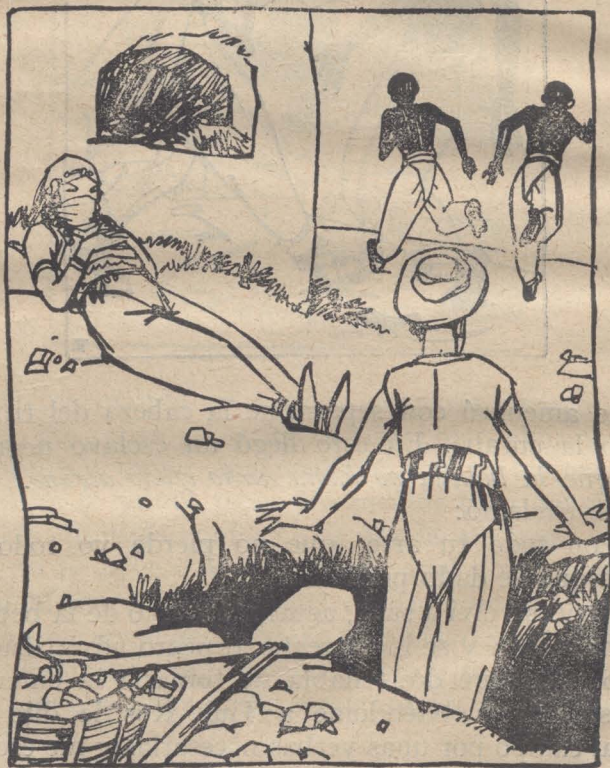
Tiuli exclamó:

—Pon todo tu arte; que no pierda yo todo el dinero que he dado por ella.

Entonces volví a salir, agarré el frasco de la bebida adormecedora y se lo entregué al negro advirtiéndole cómo y en qué dosis había de tomarla la enferma. En seguida, volviéndome a Tiuli-Kos le dije que iba al campo por unas yerbas necesarias y me escapé.

Llegué a un lago cercano; me despojé de las ropas talares y de las barbas y las eché al agua. Escondido entre las matas permanecí hasta que fue de noche y entonces me escurrí hasta el cementerio particular del castillo.

Una hora después de salir yo, le comunicaron a Tiuli que la esclava estaba agonizando. Mandó presuroso en mi busca a dos esclavos los cuales volvieron diciendo que me había ahogado en el lago. Tiuli fue presa de la más espantosa desesperación, pero no pudo remediar que Fátima expirase. En cuanto la vio muerta mandó que la llevaran al cementerio; no quería muertos en casa. Y dos negros hicieron el traslado.





Yo, que estaba escondido en unas sepulturas, comencé a respirar y suspirar, y esto produjo tal espanto en los negros que dejaron solo el cadáver.

Sin perder tiempo destapé la caja, encendí una lamparilla que tuve la precaución de llevar y dispuse la medicina. Pero al inclinarme sobre el féretro ví que aquella no era mi hermana. El caso era desesperante; pero no retrocedí. Le propiné el medicamento y Fátima revivió. Sucedieron a esto unas cuantas muestras de agradecimiento y más explicaciones. El origen de la confusión entre aquella mujer y mi hermana estaba en que Tiuli cambiaba los nombres de ellas al entrar en su serrallo. Supe entonces que mi hermana y mi novia se llamaban ahora Mirza y Nurmahal.

Como yo no supiera qué hacer entonces, Fátima vino en mi ayuda. Me describió una fuente que había en el patio central del palacio y cómo la conducción de agua era una fábrica grande que salía al campo. Lo único que me faltaba eran dos hombres, por lo menos, para levantar una cierta losa. Discurriendo, caí en pedir ayuda a Orbasan el jefe de los bandidos. Salimos del cementerio, fuimos a la aldea próxima donde compré un caballo y dejé a Fátima hasta mi vuelta. Como un rayo salí en busca de Orbasan. A los tres días llegué y fui cariñosamente acogido por éste. Le conté lo pasado; dormí aquella noche en el campamento y a la mañana siguiente partimos.

Llegamos al castillo antes de anoecer. Esperamos la oscuridad y guiados por Fátima entramos en la boca de la conducción de aguas. Nos volvió a repetir que la fuente estaba en un patio que tenía dos torres una a cada lado y que en la sexta puerta de la torre de la derecha estaban custodiadas por los negros. Avanzamos por el subterráneo Orbasan, yo y dos hombres más. Llegamos a la pesada losa que había en la fuente. Tardamos un rato en levantarla pero

*L. Boyer*

## Cuentos de Calleja

se consiguió. Ya estábamos en el patio. Ahora hay que contar las puertas. La fatalidad quiso que nos hiciéramos una confusión. Orbasan, dispuesto a todo, abrió una puerta y nos encontramos con seis esclavos. Se trabó una lucha; no faltaba por morir más que uno; le amenazamos con el puñal en el pecho, para que nos dijera dónde estaban Mizra y Nurmahal y contestó que en el cuarto de al lado. Abrimos. La lucha fue menor aquí, pues nosotros éramos cuatro y los negros dos. Las mujeres al sentir el ruido ordenaron sus trajes, me reconocieron y escaparon conmigo mientras los otros se las entendían con los esclavos. Cuando nos vimos todos en la boca de la conducción de aguas hicimos el corro como los chicos, locos de alegría. Algo más triste fue la despedida de Orbasan y la de Fátima.

Nosotros emprendimos la vuelta a casa donde el pobre viejo, nuestro padre, nos recibió llorando de dicha.

Esta fue la salvación de Fátima.





## EL NAVÍO DE LOS ESPECTROS

**M**I padre tenía un comercio en Balsora. Murió cuando yo tenía diez y ocho años dejándome poca herencia. Viéndome solo y con deseos de probar fortuna, vendí su tienda y me embarqué con un viejo criado, para la India, en un navío que salía de aquel puerto.

Llevaríamos de navegación unos quince días cuando el capitán nos dijo que amagaba una tormenta. Sin embargo, la noche se presentó clara y los ánimos iban tranquilizándose cuando vimos aparecer muy cerca, un barco que debía ser terriblemente famoso en aquel mar, pues todos los pasajeros del mío, incluso el capitán, palidieron, y gritaron:

—¡Estamos perdidos! ¡Allí navega la muerte!

No valieron palabras de ánimo ni rezos del Corán. Irrumpió la tempestad y antes de una hora el navío se hundió. Todos fuimos al agua. Cuando recobré la razón me vi con mi criado dentro de un bote. El mar se había encalmado y en él, no muy distante, distinguimos un navío hacia el cual nos arrastraba la corriente. Pronto lo reconocí, y confieso que no sabría describiros mi espanto. Era el mismo navío que aterró la noche pasada al capitán y a todos los de mi barco. No obstante, como el único refugio posible que vislumbrábamos era aquel barco desolado, en el cual

*Z. Baye*

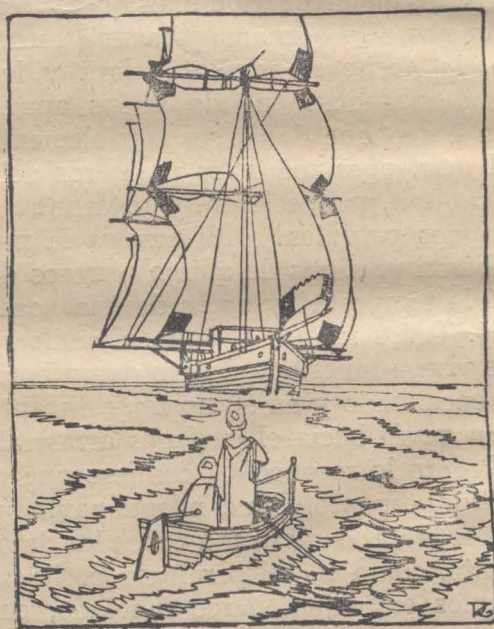
## Cuentos de Calleja

no se veía ser viviente, nos agarramos a una cuerda que colgaba de la borda y subimos a él. El aspecto de la cubierta era indescriptible. No he visto escena más horrorosa. De veinte a treinta hombres había tumbados en el suelo sobre un tapiz de sangre seca. El más lujosamente vestido de todos los cadáveres estaba clavado por la frente al palo mayor del buque. Era el capitán; en su mano empuñaba todavía el sable.

—Recorramos el buque—dije al viejo Ibrahim haciendo de tripas corazón.

Y bajamos las escaleras volviendo los ojos temiendo siempre que alguno se moviera.

En los departamentos bajos reinaba el mismo desorden y confusión de armas, muebles y ropas; pero para alegría y esperanza nuestra sorprendimos gran acopio de azúcar, sedas, perlas y pedrerías.





## El navío de los espectros

—Esto, al menos, será el desquite de nuestros malos ratos—dije.

Pero el criado me hizo notar que estábamos



lejos de la costa y no llegaríamos a ella sin auxilio humano.

Repusimos nuestras fuerzas y después de comer subimos a cubierta con el intento de arrojar los cadá-

veres al agua; pero una vez más hubimos de reconocer que en todo aquello había maleficio, porque no bastaban las fuerzas humanas a mover ligeramente uno de aquellos cadáveres.

Triste, desesperanzado, mandé al viejo que se acostara. Yo permanecí en vela, pero a eso de la media noche caí en un extraño sopor o atontamiento. Aquello no era sueño: oía perfectamente el crujir del navío, el azote del agua y el zumbar del aire, pero también sentía ruido de gentes sobre cubierta, voces de mando, golpes y sablazos. Un sueño profundo y tranquilo no lo tuve hasta mucho después y al despertar, cuando el sol me quemaba en la cara, vi que todo a mi alrededor estaba como ayer y reí de mi sueño.

Busqué al viejo y lo hallé en el camarote, pensativo.

— Señor, prefiero hundirme en el mar antes que dormir otra noche en este barco.

El pobre también tuvo una pesadilla como la mía, sólo que además vio de cerca al capitán bebiendo y cantando.

Al llegar la otra noche me dijo que recordaba unas exhortaciones contra el sueño. Escribimos el nombre del Profeta en los ángulos de la habitación donde nos encerramos y nos dispusimos a esperar la batalla de los espectros. Serían las once cuando comencé a dormirme, pero Ibrahim me aconsejó que rezara unos versículos del Corán y seguí despierto. Pronto principiaron los ruidos sobre cubierta; la gritería, el ir y venir, rodar y golpear. Nosotros en nuestro chiquero teníamos suspensa el alma. La angustia llegó a su colmo cuando vimos bajar al capitán. Pasó rozando nuestra puerta; lo vimos por un agujero hecho previamente. Estuvo allí, abajo, bebiendo y gritando enfurecido con uno que le acompañaba. Luego volvió a subir y la baraúnda continuó con más fuerza quizás, hasta que llegado un momento, se hizo la paz y el silencio más profundo.



## El navío de los espectros



Así transcurrieron varios días; y lo más horrible de nuestra situación era que no veíamos tierra por ningún lado. Llegamos a creer que los espectros apa-  
rejabán las velas de noche y caminábamos en sentido inverso que durante el día, para prevenirnos de lo cual enrollamos todas las noches las velas sellándolas con el nombre del Profeta. Aquello dio resultado, pues en cinco días anduvimos mucho y al fin columbramos la costa y luego una ciudad. Estábamos en la India. Desembarcamos y lo primero que hice fue ir en busca de un sabio que entendiese algo de magia.

Me indicaron la casa de Muley, hombre bajito, de barba gris y nariz larga, que prometió allanar todas mis dificultades, es decir, limpiar de muertos el barco, si le daba alguna parte de la ganancia. Lo prometí y

salimos camino del puerto acompañados de esclavos con herramientas, que fueron desclavando las tablas y conduciendo a tierra los cadáveres. Al volver decían todos que apenas tocaban en ella se convertían en polvo. Llegó el momento en que no faltaba por separar más que al hombre del palo mayor, pero todas las fuerzas y artes se estrellaban al querer mover el clavo que tenía en la frente. Muley tuvo la idea feliz de mandar que un esclavo trajese tierra. Cuando llegó con ella la roció sobre el muerto al tiempo que pronunciaba unas frases extrañas y al instante abrió





los párpados, respiró y comenzó a sangrar por la herida del clavo. Le sacamos éste y el hombre cayó en brazos de uno de los negros.

—¿Quién me ha traído aquí? fueron sus primeras palabras.

Al indicar Muley que yo, dije:

—Gracias joven; me has libertado después de grandes tormentos. Cincuenta años vagaba mi cuerpo sobre las ondas y mi espíritu por condena volvía todas las noches a él. Pero ahora me llega el descanso.

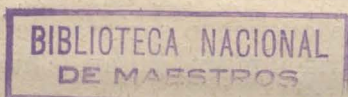
Le pedimos que nos dijera el motivo de su horrible condena y refirió lo siguiente:

—Hace cincuenta años era yo persona pudiente y bien vista en Argelia; una gran codicia de ganancia me convirtió en corsario de los mares. Un día, por la fuerza bruta me apoderé de un derviche y mi gente de mar, soez, sin mirar que aquel hombre era sagrado lo insultaban. Muy a menudo el derviche me recriminaba duramente, hasta que una vez, estando yo algo bebido, y no queriendo soportar de nadie palabras que no toleraría al mismo sultán, le hundi mi daga en el pecho. El moribundo entonces nos maldijo deseándonos a mí y a mis marineros que no muriésemos ni viviésemos hasta tocar en tierra. Reímos de sus palabras y lo echamos al mar, pero aquella misma noche empezó a cumplirse su maldición. Una parte de la marinería se sublevó, hubo gran lucha, me clavarón en el mástil y de la lucha no quedó nadie en pie. Mi navío fue desde entonces una gran sepultura. Sin embargo, más que muerte podía considerarse como un sopor el nuestro, pues en llegando la noche y la hora en que echamos el derviche al mar, la vida nos volvía. Pero volvía para que reprodujéramos exactamente la escena de aquella noche, la terrible escena de lucha y matanza. Así todas las noches durante cincuenta años, siempre con la esperanza de

## Cuentos de Calleja

que nuestro navío se estrellara y fuésemos al fondo de las aguas. Hoy gracias a tí y a la tierra vertida sobre mi cabeza recobro la paz deseada. Si los tesoros pueden recompensarte toma mi navío en agradecimiento.

Enmudeció, bajó la cabeza y se deshizo en polvo. Sus cenizas las enterramos en el país. Yo luego hice la recompostura del barco y volví a mi tierra donde creyeron que había descubierto una isla de diamantes. Todos los chicos de 18 años quisieron copiar mi vida emigrando en busca de fortuna. Yo hice en adelante una vida feliz, y cada cinco años salía camino de la Meca para dar las gracias al señor de la ciudad sagrada.





BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

ÍNDICE

Viejo astuto . . . . .	7
El mago prodigioso . . . . .	14
Una terrible aventura . . . . .	21
La niña arrebatada por el viento . . . . .	29
La cueva de los ladrones . . . . .	37
El príncipe, el monstruo y la bella . . . . .	46
El pato blanco . . . . .	53
El depósito . . . . .	62
El califa cigüeña . . . . .	71
Almanzor el egipcio . . . . .	79
La cueva de Steenfol . . . . .	87
El pequeño Muck . . . . .	93
El príncipe falso . . . . .	100
La mano cortada . . . . .	108
El florín con cabeza de carvo . . . . .	116
El pollito inglés . . . . .	124
El enano de la nariz . . . . .	131
La salvación de Fátima . . . . .	139
El navío de los espectros . . . . .	147

FER

P.R.

P.

P.

50  
45  
M  
CAL

N



# BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

COMO su rótulo indica, en esta Biblioteca van incluídas las materias de interés más vario, sin otra norma que su exposición sea tan clara, sencilla y amena, que interese y se deje entender por las inteligencias infantiles. La mayor parte de los volúmenes se componen de cuentos infantiles. Hay también libros de viajes y aventuras. Obras instructivas y de divulgación literaria. Epítomes de Historia en donde la narración de los sucesos pasados se suceden en forma novelesca, por lo sabrosa, y sin detrimento de la exactitud. Forman parte de esta colección las aventuras del famoso PINOCHO, que está ya considerado como libro infantil clásico en muchos países.

Tomos en 4.<sup>o</sup> mayor (230×150 mm.), de 160 páginas, impresos en papel fino y profusamente ilustrados.

## TÍTULOS PUBLICADOS

- |  |  |
|--|--|
| 1. 7.117 pollos y medio.                 | 14. En preparación <i>nuevo título</i> . |
| 2. Lluvia de cuentos.                    | 15. " " " "                              |
| 3. Leyendas de Oriente.                  | 16. Geografía física                     |
| 4. Sucesos extraordinarios.              | 17. De artesano a emperador.             |
| 5. Premio de aplicación.                 | 18. Guía de la juventud.                 |
| 6. Almacén de cuentos para niños         | 19. España y su historia.                |
| 7. Tesoro de los niños.                  | 20. El recreo de mis hijos.              |
| 8. Viejo astuto.                         | 21. Cuentos azules.                      |
| 9. Plaga de dragones.                    | 22. En preparación <i>nuevo título</i> . |
| 10. En preparación <i>nuevo título</i> . | 23. Cuentos infantiles.                  |
| 11. " " "                                | 24. Literatura castellana.               |
| 12. La alegría de los niños.             | 25. Pelusa.                              |
| 13. Viajes extraordinarios               | 26. Aventuras de Pinocho.                |

